

68

*Paco Ignacio Taibo II*

## traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y sólo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

*Omnia sunt communia!*

# historia

*Omnia sunt communia!* o “Todo es común” fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

*Omnia sunt communia!*

Debido a los contratos realizados por el autor con otras editoriales en América Latina y en Estados Unidos, no estamos autorizados a disponer de una edición digital de esta obra. En cualquier caso, se permite la copia y la distribución no comercial de la misma, así como su préstamo público gratuito siempre y cuando se relice en formato papel y dentro del ámbito del Estado español.

**Imágenes de cubierta:**

- Manifestación del silencio en el Zócalo
- Soldados deteniendo estudiantes el 2 de octubre de 1968

**Título original:**

68, México DF., 1991.

**1ª edición:** 1000 ejemplares

Febrero de 2006

**Título:**

68

**Autor:**

Paco Ignacio Taibo II

**Prólogo:**

Elena Poniatowska

**Maquetación y diseño de cubierta:**

Traficantes de Sueños.

**Edición:**

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores 35.

28012 Madrid. Tlf: 915320928

e-mail:editorial@traficantes.net

<http://traficantes.net>

**Impresión:**

Queimada Gráficas.

C/ Salitre, 15 28012, Madrid

tlf: 915305211

**ISBN: 84-96453-09-X**

**Depósito legal: M-3198-2006**

68

*Paco Ignacio Taibo II*

Prólogo

*Elena Poniatowska*

historia  
traficantes de sueños

*El poeta español Ángel González escribió:*

Otro tiempo vendrá distinto a éste  
y alguien dirá  
debiste haber contado otras historias

*La frase fue rigurosamente pintada  
durante el movimiento de 68 en la  
puerta de uno de los salones del primer  
piso de la Facultad de Ciencias Políticas.  
Durante muchos años me he quedado  
pensando:*

*¿Pero había otras historias que contar?*

*este libro que nunca me saldrá  
bien, es para mi cuatísimo  
Guillermo Fernández, porque  
seguro que su memoria es mejor; y  
también para Oscar Moreno, cuya  
memoria debe ser prestada, porque  
el día en que entraron los tanques  
a CU, aún no había nacido*

# ÍNDICE

<b>Prólogo:</b> Paco Igancio Taibo II. <i>Por Elena Poniatowska</i> -----	19
Se explica que con cosas como estas nunca pude escribir una novela -----	27
De cómo desde el principio esta historia se va llenando de preguntas -----	29
Amores que duran -----	30
Se cuenta de la importancia del Che y Bob Dylan para algunos y por qué no para todos -----	32
Se informa que los materialistas no somos, como se piensa normalmente, camiones de carga -----	38
Un fin de semana en que las cosas empezaron -----	41
La puerta astillada -----	43
Se habla de una reorganización de la vida y de un descenso de las horas de sueño, por pérdida de la cama habitual ----	47
Confeti -----	49
Mujeres y colchones -----	51
Y a veces creemos en las virtudes informativas de las vibraciones en el aire -----	54
Los hijos del compadre -----	56
Menú -----	59



Cuando se recuerdan las jornadas de gloria se suele olvidar que tenían horario de 14 horas -----	60
Radio Rumor -----	65
Cuando Maricarmen Fernández me agarró el culo -----	68
Tirando elotes -----	71
Se informa a los desmemoriados cómo mellar el blindaje de un tanque con un tubo -----	73
Topilejo -----	76
Nada de teléfono -----	78
Con la Quinta en el Parque Hundido -----	79
Ruido de zapatos -----	81
Se dice que los tanques llegan y las manos sudan en las noches ----	84
Se cuentan las redescubiertas virtudes del Himno Nacional -----	86
Fanny y el tira -----	88
Detención -----	90
Barrio de Ginza en la noche -----	92
Mimeógrafos -----	93
Morir a veces -----	97
Hasta los mentirosos saben la verdad... -----	98
Cada culpa su uno y para siempre -----	100
Todo es Tlatelolco y lo demás anécdota -----	101
Se precisa que las barricadas que se levantan van directamente a alojarse a la memoria -----	102
Irse y también quedarse -----	104
Los muertos -----	105
Final sin feliz -----	106
Se vuelve a la idea de los fantasmas y su permanencia en el tiempo -----	108

# Prólogo

## *Paco Ignacio Taibo II*

por Elena Poniatowska

Paco Ignacio Taibo se metió a la política a los quince años «yo creo por necesidad de nacionalizarme. Yo era un ente raro, era un adolescente que hablaba con la “c” (ceceaba). Siempre tuve la sensación de la extranjería. Llegué a México de Asturias a los nueve años porque sentía que vivir en México siendo español era como una moneda falsa, como que algo faltaba y la política de izquierda me invitó a ligarme al país».

Paco Ignacio pertenece a una familia sensacional. Su padre, crítico de cine, brillante novelista, Paco Ignacio Taibo I fue director de la sección de cultura de «El Universal» el periódico más antiguo de México. Al igual que su padre, Paco también es un devoto de la fabada y tiene una relación apasionada con la buena cocina.

A los quince años, Paco Ignacio (que Maricarmen su madre llama Paco Ignacín) comenzó a alfabetizar obreros en Santa Clara, Ecatepec a quienes encontró en condiciones infrahumanas. Para el adolescente fue un shock ver ese lodazal de barro químico donde tiraban los desperdicios. ¡Y allí en medio, los hombres! Las fábricas, eran empresas químicas y fundidoras. Los

«compas» a los que alfabetizaba vivían en la miseria. Adriana Valadés, hija de un cuentista notable, Edmundo Valadés, también era maestra y todos los días sus alumnos llegaban a clase llagados por quemaduras de las fundidoras, porque no usaban equipo de seguridad. Paco Ignacio y Adriana descubrieron que el mayor interés de sus alumnos era aprender a leer y a escribir y hacer cuentas básicas porque les robaban en la raya. Los trabajadores llevaban su recibo a clase y les enseñaban a sumar, a restar. Paco Ignacio descubrió entonces un infierno dantesco, o a la mexicana: líderes charros corruptos parados en las esquinas los días de cobro para robarse los refrescos de la despensa que la compañía repartía a los trabajadores. Paco Ignacio y Adriana Valadés se enfrentaron a los patrones ultra canallas y se toparon de golpe y porrazo con aquello que llamamos injusticia social. De Ecatepec los sacó la policía a punta de pistola porque alfabetizar era pecado.

Adriana Valadés no volvió pero Paco Ignacio sí.

En 1968, Paco Ignacio ya llevaba un buen tiempo haciendo trabajo político. Fue espartaquista con Armando Bartra, Martín Reyes, Renato Ravelo, todos seguidores del gran José Revueltas. Hicieron un largo trabajo de organización en la preparatorias en los sesenta y el Movimiento Estudiantil los pescó en Ciencias Políticas. El movimiento empezó el 26 de julio con una redada en la cual detuvieron a nueve extranjeros sólo por el hecho de serlo, para inventarse el «complot internacional» que tanto gustaba al Estado Mexicano de aquella época. La toma de la Universidad por el ejército fue un escándalo y Taibo II se encontró con la agravante de ser todavía español. «Tenía que cuidarme doblemente y me preguntaban de dónde era y yo decía que del norte pero no especificaba si del norte del país o de España».

En esa época, la del 68 conocí a Paco como líder. Destacaba en las marchas porque brincaba muy alto, era muy elástico y alzaba el brazo: «Este puño si se ve». Gritaba a voz en cuello: «Díaz Ordaz hocicón». Era el más conspicuo. También pintaba

bardas en la noche. Pensaba que nada era mejor que la injuria. Había participado durante seis meses, durante 1967, en una campaña maravillosa que se hizo en las colonias ferrocarrileras de la ciudad de México en una enorme campaña pro libertad de Demetrio Vallejo el gran líder ferrocarrilero encarcelado durante once años y medio. También se solidarizó con el español Víctor Rico Galán, amigo de su padre y le impactó su detención. ¿Cómo entendía Paco Ignacio, estudiante de Ciencias Políticas, el mundo antes del 68? Se dio cuenta de que vivía en una «sociedad que no tiene oxígeno», rodeado por todos lados de doble lenguaje, de mentiras, de una explotación inmisericorde, de ilegalidad. México tenía una Constitución a la que el gobierno no le hacía caso. Vivía con reglas propias, unas para los barrios obreros en Ecatepec, otras para la clase en el poder. A Paco Ignacio, la Universidad le quedaba chica, las brigadas dominaron el Valle de México y adquirió una notable capacidad de indignación al entrar en contacto reiterado y permanente con una población de escasos recursos.

Paco se hizo un gran orador en los barrios, en las fábricas. Aprendió a subirse a los postes y a hablar el lenguaje de la gente, a explicar problemas complicados de manera sencilla y descubrió muy pronto que la clave de un buen discurso es contar lo que se cree y lo que se ve. En el 68 formó parte de la brigada de una oradora callejera excepcional Maricarmen Fernández, hija de Carlos Fernández del Real defensor de presos políticos. También subía Paco a los autobuses con un cuate que llevaba un instrumento musical melodión, una especie de guitarrita, que tocaba canciones mientras él arengaba a los viajeros con su oratoria incendiaria. «Era un éxito, sacábamos muchísimo dinero en los camiones».

Paco Ignacio es un optimista patológico, nunca mide a partir de la derrota, mide a partir de la vivencia, de la experiencia, la victoria. Las derrotas son un jalón en el camino, a lo largo de treinta años le han dado muchos palos y cree que a partir de esas

vivencias se volvió escritor: «Me volví cronista de bolsillo, de sobaco, de medio rato. Escribía novelas policíacas para descansar y respirar. Era como la luz al final del túnel. La literatura te permite una especie de oxígeno extra».

Paco Ignacio publicó su primer libro en el 75: *Días de combate* novela sobre el 68. Tomó notas a mano durante el movimiento del 68 y vivió en la clandestinidad, las dos veces que lo detuvieron lo soltaron por angas o mangas pero su padre decidió enviarlo a España. Paco tenía ya tres cuadernos de notas sobre el movimiento y las creía material para una novela. «El paso de los años» pero de pronto descubrió que lo que quería contar era un testimonio porque sus notas tenían tanta fuerza testimonial que no necesitaban de la literatura. Así nació *68*, sus memorias personales, de un movimiento estudiantil parte-aguas en la vida de muchos mexicanos porque si hubo movimientos estudiantiles en muchas grandes ciudades del mundo, Praga, Tokio, París, en la única ciudad en la que masacraron a doscientas cincuenta personas fue en México.

Taibo tituló su libro *68*. «No quise ponerle un nombre ni más grande ni más chico. Parecía suficientemente evocador». Lo publicó en 1991 Joaquín Mortíz y de inmediato se tradujo al inglés y a otros idiomas. Paco Ignacio Taibo es el escritor mexicano más traducido. Entre novelas, cuentos, ensayos históricos y cosas raras ha escrito más de cincuenta libros además de la saga de los «Beloascaráin» que son diez. Vende como loco. La biografía del Che lleva ya treinta y siete ediciones. México, Colombia, Estados Unidos, Argentina, Francia, Italia, Rusia, Japón, Alemania, Grecia y Turquía la han traducido así como tradujeron otra sobre Maximiliano y el Imperio que se llamó «La lejanía del tesoro», 50 mil ejemplares en la primera edición. Paco Ignacio Taibo es probablemente el único escritor que tiene libros publicados en 28 países.

Su tío abuelo, el gran patriarca de la excepcional familia de los Taibo, también escritor le dio una lección de ética a los doce años. «¿Quieres ser escritor? —le preguntó— pues si quieres ser

escritor tendrás una responsabilidad tremenda con la técnica y el oficio porque los escritores son la voz de los mudos y la oreja de los sordos». Entonces Taibo II adquirió la conciencia de que el oficio es una especie de compromiso divino, oficio de batalla, de continuo conflicto y enfrentamiento contra uno mismo, contra la técnica, contra la manera de narrar. «Salí al encuentro de un mundo poblado de dragones». Su tío abuelo le dejaba al lado de la cama «Sin novedad en el frente» de Remarque, y no le preguntaba si lo había leído. Cuando intu-yó que lo había leído colocó a Hemingway «El viejo y el marx y así hasta hacerle leer a los clásicos.

Paco Ignacio Taibo tuvo la suerte de vivir en una familia culta y apasionada donde se discutía de literatura, de política y la de pertenecer a la generación de los sesenta. Sus compañeros militantes se jugaban la vida con gran alegría. No sólo salían a la calle y dedicaban su día entero a hacer trabajo sindical en una zona oscura de la ciudad de México como Puente de Vigas sino que eran gente culta que leía a Brecht, se apasionaban por el teatro de Julio Castillo, veían cine italiano y amaban a Pontecorvo y a Charlie Parker. Oían jazz y como buenos eclécticos iban de José Alfredo Jiménez a Wagner con singular alegría.

Paco Ignacio Taibo II encontró a sus lectores a las primeras de cambio, al margen de clientelas, de favores, de mafias y eso le dio una libertad, que le permitió escribir el libro a lo largo de su vida el libro que el quería. El subcomandante Marcos le propuso escribir a cuatro manos el libro que primero publicó «La Jornada» porque ya Taibo tenía un diálogo permanente con Marcos cuya fotografía enorme campea en su librero. Lo mismo con el Che, otro interlocutor verdadero cuya biografía circula en toda América Latina y en muchos países del mundo. Hoy, Taibo II está en la recta final de una super biografía de Pancho Villa. Será una historia de vida en las que convivan la grandeza y la barbarie y Paco Ignacio Taibo II dar respuesta a muchas preguntas así como respondió a los trescientos mil estudiantes que llegaron al

Zócalo el día de la Manifestación del Silencio en 1968 en un libro entrañable y muy bien informado porque Paco es finalmente un brigadista de tiempo completo, un humanista generoso y libertario.

FIN

SE EXPLICA QUE CON COSAS COMO ESTAS NUNCA PUEDE  
ESCRIBIR UNA NOVELA

En diciembre de 1968 comencé a tomar notas sobre lo que habíamos vivido. No tenía demasiada confianza en mi memoria. Me equivocaba.

No sería capaz en los siguientes 20 años de convertir las anotaciones de aquellos tres cuadernos en una novela, pero tampoco fui castigado por la amnesia. Después de 20 años, y esto se presta para poner en juego al Dumas de los tres mosqueteros o al Gardel de 20 años no es nada, lo único que funciona es la memoria. La memoria colectiva. Incluso la más pequeña y triste memoria individual. Tengo la sospecha que difícilmente sobrevive una sin la otra; que no se pueden fabricar leyendas sin anécdotas. Que no hay países sin cuentos de hadas en su sombra.

Hoy el movimiento de 68 es un fantasma mexicano más, de los muchos fantasmas irredentos e insomnes que pueblan nuestras tierras. Puede ser que este fantasma, por joven, aún goce de buena salud y acuda normalmente al auxilio de nuestra generación cada vez que se apela a su presencia. San Francisco de Asís de nuestras dudas, san Che Guevara de nuestras emociones, san Phillip Marlowe de nuestras pesquisas, santa Jane Fonda de nuestras ansiedades. El 68 parece no sólo haberse instalado en la fábrica de nostalgias que opera en nuestras cabezas, compartiendo lugar y tonadas con Leonard Cohen y los poemas de Blas de



Otero, sino que produjo gasolina épica para alimentar 20 años de resistencias. Nos conservó tercios en territorio de sumisiones, nos puso en la boca el *No, y me vale madre lo que pase*, centenares de veces. Nos alimentó decenas de desempleos, nos dejó andar por el mundo vendiendo nuestra fuerza de trabajo y la menor parte posible de nuestras almas, nos protegió de las tentaciones del poder, nos alejó del beso envenenado del estado mexicano. O por lo menos, nos creó la referencia inevitable y útil para el orgullo, la culpa y la comparación.

Si todos somos personajes de una novela que se escribe en una pinche olivetti sin cinta, si vivimos tratando de ser fieles al personaje que para nosotros mismos hemos inventado, no cabe duda que el carácter principal se forjó en el 68, que sus mejores gestos (el brazo estirado casi rompiéndose los músculos, la salida a la calle a pesar de la parálisis del miedo, la capacidad para vivir lo colectivo, la vocación de insomnio) ahí se fabricó, y hemos vivido imitándolo con mayor o menor fortuna.

Pero volviendo a los cuadernos... Mi abuela decía que había que cambiarse la ropa interior todos los días, porque si tenías un accidente en la calle, qué vergüenza, que te vieran, y eso. En la adolescencia su lógica se me escapaba. Sin embargo en 1969 escribí tres gruesos cuadernos de notas sobre el movimiento, pensando que si no lo ponía todo en el papel, corría el peligro de desvanecerse. Eran el material para una novela. No salió. Ni entonces, ni diez años después, ni ahora. Muchas veces volví a los cuadernos, los ojeé lleno de un extraño pudor, con la lógica que mi abuela aplicaba a su ropa interior limpia. Estaban ahí por si te ocurría un accidente.

Me digo: Si me muero en un avionazo, mi hija tiene que encontrarlos; pero no tiene que ser fácil para ella, tiene que encontrarlos si se esfuerza, si se pone un día tenazmente a curiosar en los miles de papeles que le voy a heredar. Ahí, encubiertos.

Nunca pude escribir esa novela. Probablemente es una novela que no quiere ser escrita.

DE COMO DESDE EL PRINCIPIO ESTA HISTORIA SE VA  
LLENANDO DE PREGUNTAS

¿Cómo se cocinó la magia? ¿Con qué se alimentaba la hoguera?  
¿De dónde salieron los 300 mil estudiantes que llegaron al Zócalo el día de la manifestación del silencio? ¿Quién le puso parafina a la mano tendida? ¿Cuál fue el destino de Lourdes? ¿Quién estaba detrás de la puerta de prepa 1 el día del bazukazo? ¿Cómo fabrica una generación sus mitos? ¿Cuál era el menú diario en el comedor de Ciencias Políticas? ¿Qué cuestionaba el movimiento de 68? ¿De dónde salía todas las mañanas aquel autobús Juárez-Loreto? ¿Quién era ala derecha y quién izquierda en septiembre del 68? ¿Quiénes radicales y quiénes mencheviques? ¿Cómo regresan envueltos en rumores los nombres de los desertores y de los suicidas? ¿Qué poema se escuchaba por el sonido local cuando entraron los tanques? ¿De dónde salió la idea del brigadismo? ¿Cómo se enamoró Fanny de un tira? ¿Y a que horas llegó Toño a Topilejo? ¿Cuáles son los límites de la victoria y la derrota? ¿Quién colgó el cartel de barriodeGinzaenlanoche? ¿Cuándo reforma y no revolución? ¿Por qué el mejor café se tomaba en voca 5? ¿Dónde estuvo el punto de no regreso?

¿Cómo se hacía un mitin relámpago bloqueando las cuatro esquinas? ¿Cómo se guardan volantes en las bolsas del pan? ¿Qué significaba el CNH? ¿Por qué cayó Romeo a causa de una minifalda? ¿Dónde arrojaron a nuestros muertos? ¿Dónde tiraron a nuestros muertos? ¿Dónde mierdas arrojaron a nuestros muertos?

## AMORES QUE DURAN

Me confieso amorosamente endeudado con aquellos cuatro meses de demencia del año mágico. Pero también confieso, con dificultades, penosamente, que el fantasma va perdiendo corporeidad, perfil. Se va quedando en mito, en colección de terquedades. Algunos me he encontrado, que incluso dicen que todo aquello no existió. Algunos dicen que no estaban allí, que eran otros. A mí que no me vengan con mamadas. Éramos nosotros, pero diferentes. Vivir no era recordar. Vivir era más fácil.

Tengo que hacer esfuerzo para contestar mis propias preguntas, más aún las ajenas, las que me hacen los que recuerdan un movimiento de 68 que nunca vivieron: porque tenían cinco años, porque no habían nacido, porque estaban lejos. Para los que, desde entonces hasta hoy, escribo.

Hace tres años probé el valor de los fantasmas cuando las maravillosas hordas ceústas tomaron la calle. Tímidamente fui buscando desde mi estratégica posición generacional en la banqueta, el contingente donde sería arrastrado por la empatía; terminé obviamente marchando con uno (de los CCHs; los tenis roñosos, la festividad vinculada a la decisión de que en la vida no se camina en paso de cangrejo. Y ahí, puse a prueba a mis fantasmas. Si mis recuerdos del 68 eran material para comparar, todo se había jodido; yo era un vejete indigno

de marchar con la nueva plebe. Si mis recuerdos se fundían con éstos, y con los garranos recuerdos del porvenir, las cosas no están tan perdidas.

Un estudiante peludo y miope me identificó y poniéndome el dedo índice en el tercer botón de la camisa me dijo que tenía que escribir este libro, que mis recuerdos no eran míos. Que hay amores que duran hasta para aquellos que no los vivieron.

## SE CUENTA DE LA IMPORTANCIA DEL CHE Y BOB DYLAN PARA ALGUNOS Y POR QUÉ NO PARA TODOS

Una parte de la generación de estudiantes que hicieron el movimiento de 68, una pequeña parte, no más de 7 u 8 millares en medio millón de estudiantes de enseñanza media y superior, se había construido en un caldo de cultivo político-cultural que tenía la virtud de la globalidad. Esa locura integral nos rodeaba por todas las esquinas de la vida. Tenía que ver con las lecturas, los héroes, los mitos, las renunciadas, el cine, el teatro, el amor, la información. Vivíamos rodeados de la magia de la revolución cubana y la resistencia vietnamita.

El Che era el hombre que había dicho las primeras y las últimas palabras. Nos había conducido, desde «Pasajes de la guerra revolucionaria» hasta «El socialismo y el hombre en Cuba», tomados de la mano hacia un debate ético que entendíamos claramente. Su muerte en el 67 nos dejó un enorme vacío que ni siquiera el «Diario de Bolivia» había podido llenar. Era el fantasma número uno. El que no estaba y sí estaba, rondando en nuestras vidas, la voz, el personaje, la orden vertebral de arrójalo todo a un lado y ponte a caminar, el diálogo burlón, el proyecto, la foto que te mira desde todas las esquinas, la anécdota que crecía y crecía acumulando informaciones que parecieran no tener final, la única manera en que frases dignas de bolero como «entrega total» no resultaran risibles. Pero sobre todo, el Che era el tipo que estaba en todos lados aún después de muerto. Nuestro muerto.

Leíamos a Howard Fast y a Julius Fucik, a Cortázar y Benedetti, a Steinbeck y a Hemingway, a Bradbury y a Jesús Díaz. Los premios de Casa de las Américas y las novelas sociales de editorial Futuro. Carlos Fuentes nos había sorprendido con *La región más transparente*. Frente a las lecturas descontextuadas de Lenin, ahí estaba la versión científica de cómo se había fraguado la nueva gran burguesía mexicana, hija del matrimonio perverso de los generales sonorenses con las hijas mochas de la oligarquía de porfiristas o de los tenderos gachupines. Fuentes era la prueba de que la novela era también la historia. El DF sólo podía ser visto desde las alturas del puente de Nonoalco. La literatura era realidad real. Oíamos a Joan Báez y a Bob Dylan, a Pete Seeger y a Peter, Paul and Mary, la música de la generación que estaba en contra de la guerra de Vietnam; y escuchábamos a escondidas (por lo menos los del sector meloso) a Charles Aznavour y Cuco Sánchez (los del sector meloso y azotado, como yo, habríamos de añadir a la mezcla los boleros rastreros de José Feliciano). Estaba de moda la poesía. Circulaban las antologías de la poesía cubana de la revolución y de la cotidiana antifranquista española. En los patios de Ciencias Políticas se hacían lecturas en bola de Gabriel Celaya y Nazim Hikmet y todo el mundo se sabía de memoria algún poema de Efraín Huerta y por lo menos dos de César Vallejo. El cine era parte del entramado. El cine era subversión. Todos aullábamos como mujeres argelinas en las escalinatas del cine Roble después de «La batalla de Argel» y la proyección de «8 y medio» en los cineclubs universitarios había sido una victoria no exenta de moretones por los ataques de los grupos fascistas del MURO. Podíamos identificar instantáneamente, e igualarnos en el reconocimiento, palabras como Dazibao, Escambray, Camiri, Kronstadt, pero también reconocíamos como propias frases como: «Dicen que la distancia es el olvido...», «Cuidado, kimo sabi», «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre», «Kriga, bundolo, tarmangani», «Tú no conoces Hiroshima». No veíamos televisión. Si existía, era un mal de otros, nosotros andábamos muy

ocupados inventando la vida para perder tiempo con fábricas de fantasías reaccionarias. Jurábamos que nunca iríamos a Disneylandia y que ya no volveríamos a leer a Herman Hesse.

No éramos demasiados. La izquierda, el circuito progre estudiantil del valle de México, estaba encerrado en un ghetto de una docena de escuelas: Ciencias Políticas, Filosofía, Economía, Arquitectura, Psicología, prepa 1, prepa 6, la 8 diurna, Ciencias, Físico-Matemáticas del Poli, voca 7. Con algunos espacios reconquistados en prepa 3, Economía del Poli, Chapingo, la Normal Superior.

Militábamos al viejo estilo aunque vivíamos al nuevo. Éramos sectarios. El enemigo era grande, ajeno, distante. El estado era una abstracción libresca; por lo tanto era mejor dedicarse a interminables disputas con los pseudoamigos, los vecinos del partido de al lado, la secta de la esquina, los practicantes del culto paralelo. Estábamos dispuestos a dar guerras ideológicas interminables, a redactar periódicos ilegibles cargados de citas de Lenin y Mao, Trotsky o Bakunin, según el club al que perteneciéramos.

La militancia era una cadena interminable, peor que rosario de beata poblana, de reuniones noche al día; círculos de estudio en que se repetían letanías, se refabricaban esquemas, se pensaba poco, se corrían chismes sobre parejas y todos teníamos seudónimo aunque todos sabíamos nuestros verdaderos nombres. Había espartaquistas puros e impuros, maoístas y neomaoístas, como cuatro variantes de trosquistas (entre ellos unos cuasiguadalupanos que propagandizaban las tareas del proletariado para «antes, durante y después de la IH Guerra Termonuclear») y desde luego los eternos mencheviques del PC, esos fantasmales enemigos principales de la izquierda-izquierda, que eran, y éste era el despreciado adjetivo, mucho más potente que la peor mácula moral, «reformistas». Vistos a la distancia, de verdad que éramos francamente raros. Una especie en extinción de partidarios de religiones oscuras, que lo mismo podíamos estrangularnos discutiendo las variantes

del lugar de una coma en los manuscritos del mar muerto, que devorarnos en las interminables luchas internas que se realizaban sin una sociedad de espectadores.

Pero de repente, en el mundillo de las sectas de la izquierda la realidad-real, la de las novelas de Fuentes, los cuentos de Valadés, las narraciones de Fernando Benítez e incluso las novelas de Martín Luis Guzmán, irrumpía, y una universidad era tomada por el ejército, un preso político iniciaba una huelga de hambre; se sofocaba a tiros una revuelta campesina. Había huellas por ahí de otro país al que no accedíamos pero que de repente nos envolvía enloqueciéndonos.

No éramos mexicanos. Vivíamos en una ciudad pequeña dentro de una ciudad enorme. Nuestras fronteras eran la estatua del general Zaragoza por el oriente, que con su dedo señalando, decía: «No hay que pasar de aquí, a mis espaldas territorio real». Por el norte las estatuas de los Indios Verdes en la carretera de Pachuca, que estaban ahí para señalar el comienzo del territorio agreste y apache; por el occidente el reloj de la H. Steele en el final de Polanco, que señalaba la hora y la frontera de los barrios fabriles; por el sur los laboratorios de Tlalpan, que mostraban el otro fin de la ciudad conocida. Más allá, Milpa Alta, ignota tierra zapatista. A cambio éramos propietarios de las colonias Del Valle y la Narvarte (más aún desde que las novelas de José Agustín las reinventaban); la San Rafael y la Santa María, la Condesa y la Roma. Nuestras eran las neverías de Coyoacán, nuestro el cine París y el café La Habana, nuestro el Parque México y la Juárez. Nuestras reforma y revolución eran avenidas. A cambio, las otras ciudades nos eran ajenas. Fugaces estaciones de paso.

En el barrio obrero al que llegábamos de vez en cuando (porque la revolución la tenía que hacer la clase obrera por mandato del manual que habíamos estado leyendo y que nos repetíamos hasta el aburrimiento) éramos extraños que entraban y salían corriendo, después de volantar la fábrica con folletos ilegibles



con los que se limpiaban el culo más tarde los trabajadores de la refinería de Azcapotzalco o los obreros industriales de la Vallejo o Xalostoc.

En el 66 yo colaboré en la alfabetización de un grupo de obreros de una fundición en Santa Clara. Tímidamente me decidí por la literatura y en lugar de folletos de Lenin les presté una novela de Howard Fast que no me devolvieron. Un día, dos de ellos llegaron quemados a tomar la clase. Decidieron que no tenía demasiado chiste aprender a leer, convencieron al resto de que se fueran a tomar unos toritos. Eran menos sectarios que yo, invitaron. El grupo se deshizo. Me dejó la nostalgia del lodo químico de Ecatepec en las tardes de lluvia. Sulfuroso, real-real.

Éramos extranjeros también en la historia. No veníamos del pasado nacional. No sabíamos por qué, pero el pasado era un territorio internacional donde se producían revoluciones y novelas, no un territorio local y popular. A duras penas sabíamos del movimiento ferrocarrilero y de Demetrio Vallejo, su líder encarcelado; habíamos oído hablar de Rubén Jaramillo, pero éramos incapaces de recontar su historia. Nada teníamos que ver con Morelos, con Zapata, con Villa, con Vicente Guerrero, con Hidalgo, con Leandro Valle, con Guillermo Prieto, con Mina. Eran personajes de la historia ajena que aburridos burócratas preparatorianos que ejercían de profesores, habían tratado de desenseñarnos; eran cuando más nombres de calles.

Extranjeros de país y de historia.

No éramos los únicos. Compartíamos los espacios universitarios con otra generación paralela a la nuestra, que sí veía la tele y a la que le gustaban los mariachis; eran fanáticos de las glorias futboleras de las chivas y los pumas de la UNAM, leían libros por obligación y destino, pensaban que la carrera era un salto hacia el empleo, pero comenzaban a dudar de la eficacia del brinco en una sociedad en que había más suicidas que paracaídas. Una sociedad cuyas puertas se les cerraban. Teníamos en

común con ellos el amor por las torterías, el voto unánime a favor de la minifalda y la pasión por los Beatles. No éramos mejores unos que otros, aunque quizá entonces nosotros lo pensáramos; simplemente, éramos diferentes. Aún no nos habíamos hallado en el único punto posible de encuentro: la ciudad de México, el mexicanísimo Rancho Grande, la pasada historia, las historias por venir. Compartíamos sin saberlo ni reconocerlo, el país en el que nos había tocado crecer, y que repentinamente se nos iba a convertir en real entre las manos.

SE INFORMA QUE LOS MATERIALISTAS NO SOMOS, COMO  
SE PIENSA NORMALMENTE, CAMIONES DE CARGA

Hay acuerdo general en que el movimiento explotó el 26 de julio de 68, pero como siempre en la historia real, los que lo explotamos no sabíamos entonces lo que se estaba explotando. Había signos en el aire, la gente se movía en las escuelas, pero seguíamos viviendo movimientos de pequeña escala, más o menos tradicionales, con viejas formas de liderazgo y movilización política. Había aquí y allá gérmenes de lo nuevo, pero era difícil distinguirlos por la velocidad con que las cosas se iban produciendo: las manifestaciones de solidaridad con Vietnam en las que nació el brigadismo, aquellos grupos de agitación volante de cinco o seis cuates que hacían mítines relámpago por la ciudad; la huelga de los estudiantes de las escuelas técnicas del 67; la manifestación contra los bombardeos de Hanoi en la que se tiraron palomas en botes de basura a lo largo y ancho de la Zona Rosa para enloquecer a los granaderos que cuidaban la embajada gringa; las huelgas de hambre de Demetrio Vallejo para exigir la liberación de los presos políticos, que tenían su eco en Ciencias Políticas, con su huelga de hambre correspondiente.

El 26 de julio los rojos, unos 7 u 8 mil, quizá un centenar más que el mes anterior, salimos a la calle en una manifestación de solidaridad con la revolución cubana que se desplegó por San Juan de Letrán. Era una manifestación más bien ritual de la izquierda. Como otras, como siempre.

Yo andaba con Santiago Ramírez y un par de tipos que decían que eran costarricenses, aunque años después me enteré que eran parte de los gérmenes del futuro sandinismo, y que por más extranjeros que nosotros, se nos habían pegado para que les sirviéramos de guías.

Cuando la manifestación dio la curva para entrar en La Alameda, oímos a lo lejos los coros de otros gritos. Fuera porque Santiago y yo teníamos madera de nueva izquierda, porque éramos menos ortodoxos que la mayoría, fuera porque él era hijo de sicólogo y yo de periodista, dejamos nuestra manifestación, cuyo final en soñolientos discursos parecía previsible, y nos lanzamos de mirones. Caminamos una docena de cuadras con los ticos siguiéndonos. De repente estábamos metidos en una marcha de estudiantes politécnicos que protestaban contra las porras y las agresiones de bandas juveniles, avanzando hacia el Zócalo y echando mierda contra la FNET, la organización de control estudiantil que el gobierno tenía en el Poli. Parecían más festivos y bastante menos serios que nosotros. Parecían más genuinamente encabronados. Parecían más inocentes.

De repente las cortinas metálicas de los comercios comenzaron a cerrarse. En la vanguardia sonaron gritos, el paf, paf, de las explosiones de las bombas de gas. Segundos después estábamos rodeados de granaderos que no pedían que nos disolviéramos, sino que se dedicaban a apalearnos, aprovechando que habíamos quedado atrapados en las estrecheces de la calle Palma. Las puertas se cerraban. Recuerdo con claridad la sangre corriendo por la frente de alguien que venía a mi lado, los zapatos que se perdían cuando la gente corría sin espacio, tratando de salir de la primera fila. La sensación de que nunca se podría huir de allí sin ser apaleado. Los granaderos se acercaban. La multitud se compactaba, gritos y jadeos, algunos golpes en las cabezas dados sin misericordia, con odio. La sensación de que no había salida y que el apaleamiento sería interminable llevó al pánico. Uno de los ticos trató de sacar una pistola, Santiago y yo se lo impedimos. Si

disparaban nos masacraban. Los granaderos no sólo traían macanas, también fusiles. La fila de granaderos se acercaba, nuevos cuerpos caían al suelo sangrando. Un accidente. Se abre un hueco en la valla azul. Corremos en la huida feliz, hasta ser atrapados nuevamente por tres o cuatro policías en un estacionamiento. El acto heroico de Santiago, quien se lanzó sobre un granadero que estaba a punto de desnucar a un chavito de una vocacional de un macanazo y rodó por el suelo abrazando al policía. Una nueva huida por calles del centro que recuerdo sin luz. Una llegada a prepa 3 donde interrumpimos la sesión de cineclub, saltando sobre el escenario y pidiendo a gritos que encendieran las luces, para informar que allá en la calle los policías se habían vuelto locos. El gobierno represivo de Díaz Ordaz... La certeza de que algo estaba pasando, las imágenes que se fijaban de una manera terca en la retina para pasar a la memoria. Terminar la noche juntos. La visita a la casa de una amiga que acababa de tener un hijo. Las noticias de que también la manifestación del 26 de julio había sido reprimida con gases y macanas. ¿Se habían vuelto locos de verdad?

No era la primera vez que nos apaleaban. Era una de las insanas costumbres del Estado mexicano, meterle palo de vez en cuando a los estudiantes, para que supieran quién mandaba. Los granaderos habían asaltado el año anterior la voca 7, y la manifestación por Vietnam del 65 había sido disuelta a palos con un saldo de 50 heridos. Yo uno de ellos. Me había costado una herida sobre la ceja izquierda de siete centímetros en arco. Un policía de civil me había zumbado con un periódico enrollado dentro del cual traía una varilla. En Sonora el año anterior había entrado el ejército, y pesaban sobre todos nosotros los acontecimientos de dos años antes en la universidad de Morelia. Pero ahora, ¿qué se traían?

Terminamos el día en un bautizo, con dificultades para hacer el resumen, felicitándonos por estar completos, luciendo los raspones, el miedo ya fugado.

## UN FIN DE SEMANA EN QUE LAS COSAS EMPEZARON

¿Veía el gobierno más allá que nosotros? ¿Preveían el surgimiento de un gran movimiento estudiantil y querían despedazarlo antes de que surgiera? ¿Lo estaba creando una facción del gobierno para utilizarlo contra la otra en la carrera presidencial? Nosotros habíamos hablado de él, del «movimiento». Teníamos indicadores vitales de que aquello podía existir, pero sólo podía confirmarlo el que ellos, el enemigo invisible lo creyera también. El mayo francés había estado en las primeras planas de todos los periódicos, tomado de la mano con las movilizaciones en torno a la primavera de Praga, los movimientos estudiantiles en Brasil, la toma de la universidad de Columbia en Nueva York, el Cordobazo argentino. ¿De veras estos güeyes creían en la posibilidad de contagio internacional? ¿Creían en el virus en el que nosotros creíamos sin creer? Esto era México, caballeros. Aquí no daba para tanto.

Al día siguiente sabríamos por la tele y los periódicos, que durante la noche del 26 de julio una de las muchas policías secretas asaltó las oficinas del PC y detuvo a varios dirigentes estudiantiles comunistas y de pasada a la redacción del diario del partido; pocas horas antes se produjo una razzia de extranjeros, la mayoría mirones capturados a los márgenes de las manifestaciones y que por apariencia de hippies o estampa estudiantil, servían para perpetuar la vieja costumbre político-policiaca

mexicana de encontrar siempre algún extranjero para demostrar la existencia de una conjura multinacional. La pelota rodaba por los espacios más inesperados.

El movimiento que aún no sabía que lo era, crecía. En el barrio estudiantil del centro se daba una extraña movilización espontánea, los estudiantes de las escuelas preparatorias cercaban la zona, detenían camiones, enfrentaban a los granaderos que querían más leña. Las escuelas más politizadas del IPN comenzaban el día con asambleas, pidiendo la desaparición de la FNET y la salida de los presos. Era sábado. La universidad estaba desmovilizada. Durante el fin de semana la pequeña guerra en el centro de la ciudad continuó. Debería tener nerviosos a los mafiosos de palacio nacional, muy cerca se encontraban los nuevos vándalos. La rojería se reunió en sus viejos clubes de scouts para cubrir órdenes del día de 16 puntos, en las que el nuevo movimiento solía estar entre el tercero y el cuarto, y en las que siempre había alguna amenaza de expulsión por no pagar las cuotas.

## LA PUERTA ASTILLADA

El lunes estábamos en huelga. Iniciada en algunas escuelas del IPN, total y simultánea en el ala de humanidades de la Ciudad Universitaria tras enormes concentraciones, total en los hechos en las preparatorias del centro cercadas por la policía, la huelga iba corriendo poco a poco. Aquello comenzaba a parecerse demasiado a texto de Trostki para ser verdad:

Parecía que la huelga hubiese querido tener unas cuantas experiencias al azar para abandonarlas pronto e irse. Pero no era sino una apariencia. En realidad la huelga iba a desplegarse en toda su amplitud [...] La huelga domina la situación y sintiéndose en terreno seguro, anula todas las decisiones tomadas hasta entonces por espíritu de moderación [...] A medida que el número de huelguistas aumenta, su seguridad se hace mayor.

Las escuelas se reunían en asambleas, decidían la huelga y organizaban marchas por el interior de la universidad, llevando la huelga a otras facultades. El argumento supremo era la busca de la unanimidad, si los otros lo hacían, ¿por qué no nosotros?: Ciencias en huelga, Odontología también, Ingeniería en paro, Químicas se suma. En Ciencias Políticas no esperamos por nadie.



Ya llevábamos una semana de paro apoyando a los presos políticos. Ahí no se trataba de acompañar al movimiento, nos sentíamos el movimiento. Espectadores a la hora de la verdad, nos desconcertaba el que nuestra huelga dejara de ser solitaria. La función de la vanguardia es despeñarse en soledad en los abismos, ¿o no? La escuela de agricultura se sumaba al paro, los estudiantes normalistas lo secundaban. Continuaban las escaramuzas en el centro de la ciudad con choques contra los granaderos. Los rumores y las brigadas informativas que salían de CU buscando el contacto, hablaban de autobuses quemados, de guerras a pedradas, de policías heridos por navajas, de estudiantes salvajemente apaleados...

El martes, un poder alucinado por los límites de su arrogancia, envió al ejército sobre la preparatoria número 1. Un bazukazo contra la puerta colonial, tiros, cientos de detenidos. En la azotea se refugió un grupo mientras los soldados entraban a la bayoneta por los patios de la escuela donde se encuentran los murales de Orozco, Revueltas, Siqueiros y Rivera. Se inauguraba una época en que todo revertía en simbolismos. El bazukazo. Habían volado la puerta histórica de la prepa. La puerta. Luego las fotos iban a ir más allá del símbolo mostrando un charco de sangre entre las astillas.

Simultáneamente se iba creando un programa que incluía puntos salidos de la situación y al que se sumaban demandas del sector más radical: libertad presos políticos, desaparición de los granaderos, destitución de los jefes policiacos. En la universidad comenzaba a sesionar un consejo de representantes de facultades en huelga. Estábamos poseídos de una nueva relojería estajano-vista: los mimeógrafos no paraban. Se asaltaban las reservas de papel de la imprenta universitaria y del departamento de servicios sociales; comenzaban a actuar brigadas de propaganda que hacían colectas en las calles y en autobuses. El movimiento nacía dándose las formas más avanzadas de organización aprendidas los últimos meses.

La prensa mentía: la puerta de la preparatoria había sido abierta por las bombas molotov de los propios estudiantes, no por un bazukazo; los muertos por apaleamiento no eran tales, lo eran por una torta de queso envenenada que habían consumido horas antes; las asambleas estaban dirigidas por un montón de provocadores... Nos importaba un huevo. Ellos eran ellos porque mentían, sus mentiras nos confirmaban. Nosotros sabíamos la verdad, la información corría boca a boca como la respiración artificial. El testimonio se narraba y se renarraba, todo había sido visto por alguien, oído por alguien y contado por todos. En las asambleas de la universidad se oían algunas voces de los profes liberales, se escuchaba por primera vez la teoría de la provocación: Había que inmovilizarse, se trataba de una gigantesca provocación, el estado jugaba con nosotros. A la mierda, los muertos eran nuestros, a nosotros nos habían dado los palos. La provocación era llamar a la inmovilidad, vivalahuelga.

No nos importaba la «bella puerta colonial de San Ildefonso», nos importaba la sangre que se veía en las fotografías detrás de la puerta destrozada, la desaparición de cuerpos. De cabeza ingresábamos al país real. Había casi mil detenidos. ¿Quiénes eran? Por un lado los miembros del PC que habían caído sin deberla ni tenerla, por otro estudiantes anónimos, y desde luego no polítizados, del Poli y las preparatorias que habían soportado sobre las espaldas el primer choque. Los futuros cuadros del movimiento estaban intactos, y colocados en las tareas de organización de una ola que crecía y crecía. Las escuelas más conservadoras se iban sumando al paro una tras otra, los grupos de porristas iban siendo derrotados y aislados, el prisma desaparecía de las facultades borrado por una inmensa goma de borrar que todo lo arrasaba. Se pintaban las puertas de los salones, las bardas, las ventanas, los autobuses, los techos de las escuelas, para que la pinta pudiera verse desde los helicópteros policíacos.

Una alucinación. A pesar del bazukazo, reportaban las brigadas, en el centro de la ciudad continuaban los choques. Los protagonistas: los estudiantes más jóvenes de las vocas, las prepas, los otros, los que hace una semana no habían leído a Lenin, y que en medio de la vorágine se salvarían de leerlo. Los otros nosotros.

Una brigada de militantes de izquierda de la facultad de Ciencias se vio de repente envuelta por un grupo de estudiantes de vocacional que habían aprendido a apedrear a los granaderos usando hondas y luego refugiarse en los patios de la escuela. A éstos enseñaron a hacer volantes y a organizar brigadas de propaganda. De ellos aprendieron que hasta los ladrillos hay que tirar por elevación y que las molotov tienen que tener la mecha corta.

¿Qué estaba pasando? Para aquellos de nosotros que habíamos mamado la política en los libros, la realidad política se nos convertía en nueva escuela. Sólo sabíamos que había un movimiento, que había que defenderlo contra los que querían matarlo a golpes y bazukazos, que había que protegerlo de los que querían frenarlo, detenerlo. Que había que hacerlo crecer, organizarlo, alimentarlo, llevarlo fuera de sí mismo. El estado había aparecido en nuestras vidas con la cara del mal; el rostro de monito avieso del presidente de la república mil y un veces caricaturizado lo personificaba. Los granaderos arrastrando por el pelo a un estudiante ensangrentado que salieron en las fotos de *¿Por qué?* eran el enemigo directo. Esos tipos que mienten, esos tipos que reprimen, esos tipos que adulan, esos tipos que amenazan, ellos son el país real. Y entonces, nosotros, los nuevos nosotros, hechos de los muchos que habíamos sido, decidimos que por qué chingaos no, nosotros también éramos el país real.

SE HABLA DE UNA REORGANIZACIÓN DE LA VIDA Y  
DE UN DESCENSO DE LAS HORAS DE SUEÑO, POR PÉRDIDA  
DE LA CAMA HABITUAL

El primer dormitorio que se inauguró en la facultad en huelga, fue en la antesala de las oficinas del director, porque allí había alfombra. La puerta la había abierto Alejandro Licona de un karatazo. La legalidad sesentayochera suplía la legalidad académica. Cerramos los archivos con candados.

Alejandro habría de convertirse al paso del tiempo en uno de mis personajes inolvidables. Feo, con lentes gruesos de miope, larguirucho, era el ligador oficial y siempre sorprendente de la facultad, el que arrasaba en los cursos de verano con las gringas. Por eso habría de ser enviado por decisión del comité de huelga a una gira hacia las universidades norteamericanas para informar y recaudar fondos. De vez en cuando llamaba por teléfono a los intervenidos aparatos de la facultad para contar de asambleas solidarias en universidades de nombres exóticos en Nueva York, Kansas, Chicago o California. Su llegada a México, a mitad del movimiento fue todavía más espectacular. Lo pescaron en el aeropuerto los agentes de Gobernación, con un par de portafolios negros llenos de dólares, producto de las colectas en las universidades gringas, barbudo, sin dormir, con los ojos enrojecidos. Lo metieron en una sala privada bajo custodia y se dedicaron durante media hora a amenazarlo de muerte. De ahí se les escapó, protagonizando una alucinante persecución por los pasillos del aeropuerto, hasta que una brigada que estaba en labores de propaganda, lo salvó subiéndolo a un coche y depositándolo

de una sola pieza en Ciencias Políticas. La historia era tan increíble que todos la creíamos.

Pues bien, Alejandro rompió la puerta y se inauguró el espacio que habría de convertirse en un dormitorio mixto y bastante puritano, por cierto, sin ruidos extraños en la noche. Nos tendíamos en dos hileras de 15 ciudadanos o así cada una, pies contra pies, y luego pasaban los del comité organizador de dormitorios y nos cubrían a todos con una enorme cortina de terciopelo verde. De almohada se usaban las chamarras. La luz nunca se apagaba, siempre había alguien que prefería leer a dormir.

Lo más apasionante: las guardias nocturnas, los famosos rondines. Las horas de la suprema locura. Una de las primeras noches decidimos aprovechar los tiempos muertos y decorar la facultad. La envolvimos en un enorme lazo de 400 metros hecho con cinta de máquina de escribir, por eso de que era rojinegra, los colores de la huelga. Otra noche de insomnio, Manuel el Chiquito, Trobamala y yo, nos pusimos a pintar la torre de Ciencias de rojinegro. Recuerdo que el tercer día de huelga decidimos ir a llevarles una serenata solidaria a los de Odontología. Pensábamos que eran los recién llegados a esta locura de la revolución y que se merecían algo así de los veteranos de Ciencias Políticas.

Los días eran más racionales.

## CONFETI

El 31 de julio se tomó la calle masivamente. El gobierno había devuelto algunas de las escuelas tomadas, pero también había realizado nuevos asaltos a otras, *como* la de Teatro. En su delirio habían usado perros policía para atacar a los estudiantes.

La manifestación salió de CU, encabezada por el rector de la universidad y establecía como eje de la lucha la defensa de la autonomía universitaria, pero nosotros queríamos más. Cien mil estudiantes salieron a la calle desde la explanada de Ciudad Universitaria en una tarde de lluvia. Su límite estaba fijado en Félix Cuevas, más allá estaba el ogro. Decenas de tanquetas, patrullas policiacas, batallones de granaderos, transportes militares, soldados con bayoneta calada. El Zócalo nos estaba vedado. Pero éramos miles de miles, muchísimos, unánimes al fin.

El momento culminante, el paso de los estudiantes frente a los multifamiliares, y allí, la lluvia de confeti que arrojaban los vecinos. Y todos miraban hacia el cielo para ver caer la lluvia y los papelitos de colores. No estábamos solos.

Díaz Ordaz ofrecería esa misma tarde, en un discurso desde la ciudad de Guadalajara, su mano tendida a los estudiantes a cambio de la retirada. Mano tendida si pides perdón. La imaginativa respuesta apareció al día siguiente en millares de pintadas y carteles: *A la mano tendida, la prueba de la parafina*. Creo que fue Jaime Goded, uno de los genios de

la propaganda estudiantil, y dirigente de la Brigada Marilyn Monroe, el que fraguó la consigna. Recuerdo que le celebramos el hallazgo de la manera más extraña, nos fuimos con un camión entero de brigadistas, lleno de banderas, volantes y megáfonos, a ver a su hija recién nacida, en un departamento en la colonia Florida. Cuando Evelyn nos la mostró alzándola, a mitad de la banqueta, nos sentimos más tranquilos y aplaudimos. Era una niña diminuta, arrugada. Jaime la mostraba sonriendo. La brigada se fue a hacer manifestaciones en los mercados del sur de la ciudad.

## MUJERES Y COLCHONES

La niña de Jaime crecería en un mundo peor. Dentro de muy poco su padre estaría en la cárcel. Pero ser mujer en el 68 no era mala cosa. Era para miles de compañeras, la oportunidad de ser igual. El 68 era previo al feminismo. Era mejor que el feminismo. Era violentamente igualitario. Y si no lo era, podía serlo. Un tipo, una tipa, un voto, un bote de colecta, un montón de volantes, un riesgo. Eso de entrada, poco importaba si tenías falda o pantalón. Y ser hombre en el 68, era mejor, porque existían esas mujeres.

Las mujeres eran maravillosas. Eran guapas, guapísimas. Paseaban su indiscutible belleza con desenfado y sin cosméticos... En principio, toda referencia que se respete ha de ser cinematográfica, pero no funcionaba Anita Ekberg o Sofía Loren, ni siquiera la dulce mirada de Kim Novak o la trompita parada de Elke Sommer. Porque los sesentas fabricaban sus propias referencias, a más cuadros por segundo que la pantalla: minifaldas, una novela de Simone de Beauvoir bastante leída colgando de la mano, medias caladas, cintas de terciopelo en la melena, peinados de fleco, faldas escocesas, botas con pantalón vaquero, cenas con velas, vino blanco y jamón serrano. Yo me he quedado ahí para siempre de los siempre. Incluso estaba allí detenido cuando tres años después conocí a Paloma. Y creo que desde ahí me quedo viendo a mi hija de 16 años cepillarse el pelo en estos lejanos noventas.



¡Qué pinches mandilones éramos! No sabíamos taquear, nunca habíamos bailado un danzón en una vecindad, eso vino después. Y a mí, que he llegado tarde a casi todo, nunca me gustaron las tecates con limón y tequila. Nos faltaba sentido del humor y propiedad en tantas cosas. Nadie era capaz de defender las malteadas de chocolate o las quesadillas en la puerta de la panadería. Quizá las mujeres fueron las primeras que empezaron a reivindicar ese tipo de cosas a mitad de una observación sobre *Los cachorros* de Vargas Llosa. Tenían mayor sentido de lo cotidiano, eran menos limitadas que uno.

Y además podían reírse, y tú hacerte eco con ellas si algún primate decía que «las compañeras no podían salir a pintar en las noches». Éramos tan endiabladamente iguales y diferentes. Seguro habría algún pendejo que quería que ellas organizaran la cocina del café de la facultad, pero seguro alguno menos pendejo, diría que ése era trabajo de todos.

Las mujeres contaban historias familiares con furia, historias de terribles guerras por su igualdad que atestiguaba un moretón en el brazo. Combates por la media hora más, el derecho a la ciudad nocturna, el trágico descubrimiento de la ruedita de anticonceptivos. Y cada una se ganaba doblegando a gritos y amenazas de abandono de hogar a madres recalitrantes, abuelos retrógrados, padres protopriístas. Las madrecitas mexicanas desaparecían del escenario a pesar de Televisa.

El mito dice que los 60's lo fueron universalmente camestríles, carnosos, petateros, colchoneros. Rock, sexo y mariguana. Rock, algo; mariguana, fundamentalmente la que trató de meter la policía en la Universidad, y sexo... En México la liberación sexual no andaba a caballo, más que en el rollo de los ligadores impenitentes. Entonces, el sexo parecía vivirse como parte de un endulzado y bastante más romántico e igualitario proyecto, fraguado en los arcones de la literatura y el guevarismo e incluso de las ocultas huellas que en los cromosomas traíamos de Gutiérrez

Nájera o Amado Nervo. Parte del mito cuenta que se cojía mucho en el 68. Bastante menos que en el 67, menos aún que *en el 66*, yo diría. Había menos tiempo.

Siempre se cojía más entonces, antes, allá en el otro lado, en otra época, en la tribu de al lado, en Suecia. Pero supongo que los suecos dicen lo mismo de nosotros y los de entonces dirán lo mismo de aquellos que fuimos, al igual que los que hoy somos, diremos de los de ahora.

Y A VECES CREEMOS EN LAS VIRTUDES INFORMATIVAS  
DE LAS VIBRACIONES EN EL AIRE

Un movimiento es algo que sale de sumas que sus propios participantes no pueden ejercer. Que sus enemigos no saben calcular. Se mueve en dimensiones sin previsión posible. Desconcierta hasta a los que lo preveen.

Estaba lloviendo en esos días y la ciudad se había vuelto enorme. Yo quería capturar al movimiento en un poema y no podía. Afortunadamente otros sí pudieron; otros que habían escrito antes en otras ciudades en las que también llovía:

*¿Dónde estará la playa que nos aguarde?*, había dicho el a veces cursi yucateco José Peón Contreras, que entonces era tan sólo el nombre de una avenida.

Como no podía con el poema, recorría la ciudad de cita en cita, de mitin en minimarcha, de asamblea en conferencia, de reunión de brigadistas a junta clandestina de la corriente, de instalación de un mimeógrafo a robo de papel; de fugaces siestas en camiones a vertiginosos viajes en Galíleo, el coche de Paco Pérez Arce, para terminar en Puente de Vigas reunido con unos petroleros, en una fiesta de quince años en la Doctores, donde con vales de fondo organizábamos una ofensiva de propaganda contra las fábricas de Ixtapalapa o tomando caldo de pollo en Mixcoac al amanecer. La inmovilidad era un pecado. El único que recuerdo de aquellos días. Y me la pasaba recogiendo vibraciones que luego discutía con Armando Bartra y Martír Reyes,

mis dos gurús ideológicos; ambos en camiseta, encerrados en un departamento en Lomas de Plateros, cuyas paredes no podían verse por el humo de los Del Prado.

No había noches ni días, sólo acciones, calle y vibraciones, que alguien tenía que interpretar.

## LOS HIJOS DEL COMPADRE

Al iniciarse agosto, con la huelga general en marcha, el centro - izquierda y la izquierda-izquierda estudiantil lanzaron su pliego de peticiones, armando la pedacera de las demandas sueltas y rebasaron a las autoridades, que pretendían mantener el conflicto en marcos universitarios, dentro de una muy liberal defensa de la autonomía. El programa estudiantil era muy breve, los famosos seis puntos que recorrieron el país en millares de voces de brigadistas trepados en una farola y en millones de volantes: Libertad de los presos políticos, derogación del delito de disolución social mediante el cual se legalizaba el encarcelamiento de la disidencia política, destitución de los jefes de la policía, deslinde de responsabilidades en la represión, indemnización a los heridos y a las familias de los muertos y desaparición del cuerpo de granaderos. Pero el programa tenía una segunda lectura, entendida por todos, aprendida por todos: la democracia. El derecho de los ciudadanos a vivir socialmente se ganaba en la calle, se le imponía al poder represivo.

El 5 de agosto salió la primera manifestación conjunta del nuevo movimiento estudiantil desde Zacatenco hacia el casco de Santo Tomás. Derrotando políticamente a los gangsters de la FNET, al conservadurismo de los directores de escuela del Poli, las vacilaciones del liberalismo. Ganando además la batalla contra el miedo.

A mitad de la marcha, la gente se salía de su contingente y desde los bordes de la manifestación contemplaba el espectáculo del que hasta hacía pocos segundos había sido parte. Éramos muchos, muchos. Y cada escuela se hacía presente, aullaba sus porras particulares, ondeaba una enorme manta al frente, para que no se le fuera a olvidar a nadie que ellos no habían fallado, que habían cumplido con la cita, que estaban allí. El movimiento podía ser anónimo, pero se reconocía en su unidad básica, el cole, la escuela.

La memoria tiende a simplificar, guarda la anécdota absurda y la más blanca y negra visión de conjunto. El movimiento estudiantil fue muchas cosas al mismo tiempo: un desenmascaramiento del estado mexicano, rey desnudo ante los millares de estudiantes; fue escuelas tomadas y creación de un espacio comunal libertario basado en la asamblea; fue debate familiar en millares de hogares, fue crisis de las tradicionales formas de desinformar a la patria y encuentro del volante, la voz viva y el rumor salvador como alternativas a la prensa y a la tele controladas; fue también violencia, represión, miedo, cárcel, asesinatos. Pero sobre todo, más que nada, ante todo, significó el relanzamiento de una generación de estudiantes sobre su propia sociedad, la retoma del barrio hasta ahora desconocido, la discusión en el autobús, la ruptura de fronteras, el descubrimiento de la solidaridad popular, la visión más cercana de otro montón de los «ellos», traspasando las bardas grises de la fábrica y llegando hasta los que estaban en su interior.

Si su profundidad estaba en lo que era sin saberlo, los límites del movimiento estaban en su mensaje, excesivamente estudiantil, exclusivo, privado, egocéntrico: *nuestros* muertos, *nuestros* reprimidos, *nuestras* libertades, incluso, *nuestras* fuerzas policiales a las que queremos hacer desaparecer. En la sociedad mexicana había otros muertos, otras heridas, otros policías (líderes sindicales corruptos, patrones fabriles, caciques suburbanos, funcionarios vendidos). Había otros autoritarismos, que los

estudiantes en esta primera oleada comenzaron a reconocer, pero que no podían hacer sus enemigos tan pronto. Sí en la razón, no en el corazón, diría el mamón de Saint-Exupéry. Necesitábamos tiempo para ser mexicanos reales del todo. La generosidad del movimiento estudiantil se quedó tan sólo en los presos políticos ajenos. Y sin embargo, el país comenzaba a ser discernido en medio de la niebla. Porque la calle moldea a los que la recorren, porque aunque desde otro planeta, el pueblo del Valle de México simpatizaba con esos estudiantes, esos hijos, primos, vecinos, hijos del compadre, sobrinos de la del 7, y primos de la Amalia; les llenaba los botes rojinegros de monedas, y recogía sus papelitos, tan llenos de frases pomposas, tan retóricos todavía, y les daba en los mercados melones y papas, jícamas y aguacates un poco pasados, papayas y bendiciones.

## MENÚ

Menú para el comedor colectivo Nguyen Van Troi, facultad de Ciencias Políticas, primeros días de agosto del 68, cocinan una maoísta, una democristiana de izquierda, un troskista, dos guevaristas de minifalda. De beber: agua de Jamaica; de comer: caldo de pollo, papas hervidas con sal; plátano de postre. Duración del menú sin variaciones: cuatro días, hasta que se acabe lo que nos regalaron los locatarios del mercado de Mixcoac. No hay siesta después de la comida. Brigadismo en Ciudad Nezahualcóyotl, distribución de periódicos, visita a fábricas, asamblea. Noche de la gran pintada. Cien brigadas a pintar en esta escuela. Miles de brigadas a pintar de toda el ala de humanidades. La ciudad como arcoiris. Consigna rápida: «hocicón» (en referencia al tamaño de la boca del supremo poder de la república); consigna menos rápida: «libertad» (tiene una letra más).



## CUANDO SE RECUERDAN LAS JORNADAS DE GLORIA SE SUELE OLVIDAR QUE TENÍAN UN HORARIO DE 14 HORAS

Durante las movilizaciones de agosto del 68, el brigadismo tomó las calles de la ciudad sin ofrecer flanco a la represión. El movimiento estudiantil se le presentaba al estado como una masa inmanejable: ¿Con quién se negociaba si tenía una dirección de 300 personas? ¿Quién era el interlocutor, por lo tanto al que se podía amedrentar, arrinconar? ¿A quién se corrompía? El movimiento se escapaba de las tradiciones de relación que el estado mantenía habitualmente. La movilización se daba bajo la forma de las escurridizas brigadas o las impresionantes manifestaciones de medio millón de asistentes. La dirección se había constituido dándose la forma y el nombre de Consejo Nacional de Huelga, una representación de tres estudiantes por cada escuela en huelga, en muchos casos rotatoria, fácilmente infiltrable, pero imposible de abrir, amedrentar, corromper, o aislar de las bases en un proceso negociador. Si no podían controlar, sólo quedaba aislar y reprimir. La negociación no estaba en las reglas del autoritarismo azteca-priísta-cortesiano. El poder, si negocia, en la versión nacional, deja de serlo.

En la guerra informativa, el gobierno tenía perdida la capital y algunas ciudades del país donde se había extendido la huelga. De poco servían los programas de TV y los periódicos contra el medio millón de voces que diariamente rebatían el fraude.

Surgían los primeros aliados orgánicos del movimiento estudiantil, la Coalición de Profesores de Enseñanza Media y Superior y la Asamblea de Intelectuales, Artistas y Escritores. Ahí estaban los restos de los mejores de la generación pasada: Carlos Félix, Revueltas, Eli de Gortari, Luis Alberto de la Garza, mi profesor de historia en prepa 1, José Agustín, Carlos Monsiváis, nuestro futuro teórico eléctrico, Armando Castillejos, el gran abogado, los pintores que se radicalizaban pintando y dejando en los murales efímeros la constancia de su solidaridad. La calle crecía y se ensanchaba. Lentamente nos iba creciendo en la cabeza la sensación de que el movimiento era algo más grande que sí mismo. Una sensación que ahora, 20 años después, tras las pasadas elecciones, reconozco recuperada: la vaga idea de que el país podía cambiar, que podíamos partir de aquello para reconstruir un país diferente; obviamente una sensación que surgía de nuestro poder. El 13 de agosto se inició la reconquista del Zócalo. La manifestación partió del casco de Santo Tomás, los contingentes del Poli y la UNAM marchaban alternados. En la convocatoria se advertía: «En caso de no llegar al Zócalo, el contingente se desperdigará por el primer cuadro de la ciudad creando mítines relámpago y procurando eludir choques con la fuerza pública». El estado se replegaba. Llegábamos al Zócalo más de 200 mil estudiantes. La ciudad era grande, las calles anchas. El Zócalo, la plaza más grande del mundo; una plaza que disolvía los ecos y te ponía a llorar como pendejo. Recuerdo la seriedad de las enfermeras del Poli que casi querían que alguien se deshidratara para poder entrar en acción, la enorme manta con el rostro del Che que abría el contingente de Filosofía, las frases de una carta de Víctor Rico Galán enviadas desde la cárcel de Lecumberri: «Las perspectivas de desarrollo del movimiento que ustedes encabezan están en los trabajadores [...] Cuando en las grandes manifestaciones que ustedes realizan, el pueblo les lanza desde los edificios pedazos de plástico o de papel para cubrirse de la lluvia; cuando gentes pobres, que muestran en su indumentaria que apenas disponen de lo

necesario para sobrevivir, se acercan a los manifestantes, los aplauden, acogen su propaganda y tratan de corresponder repartiéndoles pan o fruta, cuando todo esto sucede, es porque el pueblo, aún sin el control de sus organizaciones, aún sin la posibilidad de hacer oír su gran voz, busca los canales para expresarles su apoyo [...] ¡Oíd al pueblo, estudiantes!»

Víctor, desde el bote, ponía el dedo en el nuevo centro del debate que se estaba produciendo en las asambleas, en las reuniones de los comités de huelga, entre los brigadistas, en el CNH. ¿Hacia dónde iba el movimiento estudiantil? El tiempo borra las aristas, elimina las discrepancias, homogeniza todo. Ahora pareciera que éramos un club de votaciones unánimes, un todo sin discrepancias. Pero bien saben la sirvienta de Engels y Lin Piao, muerto en un accidente de aviación en su cocina, cómo nos odiábamos. Nada de amores: guerras pequeñas. En el seno del movimiento se discutía ásperamente, a veces mucho más violentamente de lo que era necesario. El movimiento se había desembarazado de sus enemigos infiltrados; al diablo se había ido la FNET y los profesores conservadores y los directores paternos de escuelas; quedaban tres alas muy definidas en la vanguardia, mucho menos claras a nivel de las amplias bases. Un ala derecha encabezada por el rector y que contaba con buena parte del funcionariado universitario, que tenía influencia entre algunos profesores de la UNAM y el IPN y que pretendía mantener el conflicto en términos estudiantiles y defensivos. Cuyos límites y bendita sea por haber ido más allá de lo que originalmente parecía, eran los de la cordura del sistema. Sus argumentos: regreso a la normalidad, respeto a la autonomía, libertad de los presos universitarios. La actitud del estado y los acontecimientos les habían dado la dirección del movimiento durante la primera semana después del bazukazo, pero las movilizaciones y la composición del Consejo Nacional de Huelga se la habían quitado. En el CNH y la coalición de profesores se movían dos proposiciones definidas, el centro, representado por la facultad de Ciencias de la UNAM, el ala técnica de las escuelas de la

Ciudad Universitaria, la mayoría de las escuelas del IPN y varias de las preparatorias; y el ala izquierda, representada por las escuelas de humanidades de la Ciudad Universitaria, Chapingo, parte de Físico-Matemáticas y Economía del IPN, Arquitectura de la UNAM y las prepas 6 y 8. El punto de choque entre izquierda y centro podía expresarse en cualquier cosa: destino central de las movilizaciones de las brigadas, toma completa o no de Radio UNAM, trayectoria de la marcha, actitud ante los primeros esbozos de negociación por parte del gobierno. Me cuesta mucho trabajo analizar las posiciones rompiendo con los fantasmas sectarios que las adornaron entonces. Detrás del debate se encontraba el enfrentamiento entre la JC aliada a su última disidencia, con las otras izquierdas. La actitud del centro se fundamentaba en que pensaban que había que forzar la negociación. Nosotros hablábamos de diálogo público, pero no queríamos dialogar con Díaz Ordaz. Ellos querían mantener el movimiento en los límites de la acción estudiantil y pensaban que era fundamental conseguir para él una victoria. En la izquierda pensábamos que había que sacar el movimiento de las universidades y, en la tónica del mensaje de Rico, llegar al pueblo para buscar algo más allá. Visto a 20 años de distancia todos teníamos un pedazo de la elusiva razón. ¿Estábamos más locos nosotros que los centristas? ¿Estaba la revolución de la que no hablábamos en voz alta en el territorio del imposible? ¿Podía hurtarse el destino represivo del movimiento con habilidades negociadoras?

En Ciencias Políticas y Chapingo presionábamos para que las brigadas fueran hacia las zonas fabriles, para que el mensaje de los volantes abriera sus campos y hablara de democracia para todos, para que las futuras manifestaciones no fueran al Zócalo sino a la Glorieta de Camarones, centro de la zona industrial del norte del DF. A veces no lo decíamos, lo hacíamos.

Pero todo era más complejo, porque los grupúsculos no eran propietarios del movimiento, y porque ni siquiera las organizaciones eran propietarias de sus militantes, vueltos de la noche a

la mañana dirigentes de un movimiento masivo a cuyas asambleas respondían. Dan ganas de olvidar esa parte de la historia, las muchas veces que le grité a mi ahora amigo el Pino que era un pinche reformista, lo que a él le dio oportunidad de responder que yo era un pendejo acelerado.

Y todo este debate, envuelto en la necesidad de responder todos los días al gobierno. ¿Y nosotros? ¿No queríamos una victoria? Claro que la queríamos, pero no la podíamos definir más allá de los seis puntos... Cuánta sangre de saliva corrió entre nosotros, cuántas injurias de pared y de papel. Pero al final, nos descubríamos en la misma trinchera, y sonaban balas de verdad, porque en el país real, los verdaderos otros, el enemigo dirigido por el maligno presidente, mataba.

## RADIO RUMOR

Si la sumisión de los medios ante el poder central resulta asfixiante en nuestra modernizada sociedad, en el 68 resultaba sobrecogedora. Radio, televisión y prensa, con una unanimidad digna de la más platanera de las repúblicas *bananeras*, hacían suyas las versiones oficiales, alteraban las cifras, *manipulaban* la información o las imágenes, ofrecían espacio para las declaraciones de unos y lo negaban para las de otros.

En esas condiciones, nació Radio Rumor.

Radio Rumor era una cadena malthusiana de origen desconocido, que contrarrestaba la información oficial.

Radio Rumor era cualquier cosa menos objetiva, dentro de su relativa fidelidad a la verdad, era parcial, exagerada, tremenda, amarilla. Básicamente, porque era incontrolable.

El movimiento disponía de sus millares de oradores callejeros, de las bardas y los autobuses pintados, de los millones de volantes, de la conversación nocturna en que se adoctrinaba a parientes, novias, vecinos, lo que constituía la periferia del activismo. Y de allí, emergía Radio Rumor. Tierra de todos y de ninguno, absolutamente democrática, frecuentemente irracional, decididamente mexicana.

El ejército tiroteaba a una brigada estudiantil ante la puerta de la refinera de Atzacotalco, se producían choques con los

obreros petroleros, y esto se convertía en un rumor que decía que la huelga había estallado en la refinería y las consiguientes colas ante todas las gasolineras.

Pero a veces Radio Rumor se comportaba con precisión, no siempre exageraba. La prensa informaba que un estudiante de la escuela de comercio de la UNAM había muerto por comer una torta con queso en mal estado, Radio Rumor sabía que había muerto por conmoción cerebral a causa del garrotazo que le había dado un granadero. Radio Rumor era imprecisa, vaga, no sabía el nombre del estudiante, no sabía su edad, pero en cambio transmitía, con absoluta precisión, que el estudiante muerto vestía un suéter amarillo.

Radio Rumor era incoherente, absurda, inconexa, pero certera en su venganza, justiciera.

La información oficial decía que el presidente había sido operado de un desprendimiento de retina. Radio Rumor conocía las causas, el silencio oficial no impedía que ella dijera que había sido un veinte que le arrojó algún vengador anónimo en medio del confeti el 16 de septiembre, sabía que se trataba de un veinte de cobre, no un quinto, no un peso. Radio Rumor era precisa cuando quería.

La información oficial decía que los presos estaban detenidos en el campo militar número uno. Radio Rumor sabía que los estaban torturando.

Radio Rumor mantenía con el estado mexicano una guerra informativa en torno a la estadística, suyo era el terreno de las cifras. La información oficial decía que estaban en huelga seis escuelas; Radio Rumor ofrecía la cifra exacta, 26 y media, porque en la prepa 7 no había entrado en huelga el turno de la tarde. Los periódicos repetían los boletines de Gobernación diciendo que habían participado unos 70 mil estudiantes. Radio Rumor respondía: medio millón.

Radio Rumor, en la ausencia de información confiable de otras fuentes, exageraba e inventaba, así fabricó un golpe de estado el día del bazukazo, a pesar de las protestas de los que decíamos que el golpe de estado estaba en palacio desde el inicio del sexenio.

Radio Rumor destacaba lo secundario, pero siempre con sentido dramático. A veces parecía dirigida por un productor de fotonovelas. Por eso se sabía con más precisión, de qué raza eran los perros que traían los granaderos y que mordieron a estudiantes cuando el desalojo de la Escuela Nacional de Teatro, que el número de la unidad militar que a bayoneta calada había participado en el ataque.

Radio Rumor fue la única que supo de los muertos en Tlatelolco, fue la única que dijo que se habían alineado los cuerpos en un hangar de la sección militar del aeropuerto, la única que supo del vuelo sobre el Golfo de México donde se arrojaron los cadáveres de los estudiantes asesinados; la única que los contó y les dio nombre, la primera resistencia real contra el olvido.



## CUANDO MARICARMEN FERNÁNDEZ ME AGARRÓ EL CULO

En esos días había aparecido en el estacionamiento de la facultad un autobús de línea Juárez-Loreto. El chófer llegaba a las siete de la mañana, tocaba en uno de los salones, y pedía que lo pintaran para luego irse a recorrer el DF en su trabajo habitual. Normalmente los autobuses eran pintados por las brigadas en toda la ciudad y la recorrían orgullosos con su mensaje, hasta que alguna de las fuerzas del enemigo, las brigadas de trabajadores de limpieza del Departamento del DF, los despintaban. El chófer del Juárez-Loreto no quería perder el tiempo y estar sometido al accidente de caer o no en manos de un grupo de brigadistas, y venía temprano. Además así tenía la posibilidad de sugerir los lemas y colaborar en la decoración. Al tercer día decidimos reclutarlo. Negociamos la coartada: si nos detienen, tú dices que secuestramos el autobús. Y organizamos la primera brigada monstruo, 30 estudiantes, un montón de banderas rojas, dos megáfonos y una guitarra, que comenzó a incursionar por los barrios fabriles. Con ella entramos un día en la General Motors ante la estupefacción de los policías de la puerta que no se atrevieron a detenernos, y recorrimos los patios cantando, entramos a los talleres a hacer mítines relámpago, repartimos propaganda hasta en la oficina del gerente. Pero seguía siendo un fenómeno aislado, por ahora el movimiento circulaba en torno a sí mismo.

Pero circulaba a una velocidad sorprendente. Días de 27 horas alargados por la magia. Horas de 62 minutos. Minutos de eternidades. Manuel me contaba en una de aquellas noches de insomnio, que había ido a llevar la Gaceta Universitaria en una camioneta a Ciencias Biológicas del IPN, y que en los 42 minutos que había estado allí (20 años después todavía recuerdo que Manuel sólo había estado 42 minutos, ¿hacen falta más pruebas de la magia?), se había enamorado de 11 chavas. Y las describía a todas, una por una: lunar en el cuello, medias caladas azules, moño en el pelo de terciopelo verde, bata cortita, dos piernas, dos, monumentales.

Recuerdo que volvía a mi casa en la Roma Sur sólo de vez en cuando, sobre todo para comer en forma y mantener angustiadas conversaciones con mi padre, que apoyaba el movimiento fervientemente, pero estaba esperando a recibir un día en la puerta de la casa el cadáver de su hijo. Me cambiaba los calcetines casi arrancándolos de la piel, me bañaba tres veces en una tarde, me metía dos libros en la chamarra, me llenaba los bolsillos de terrones de azúcar y abandonaba muerto de miedo el hogar, acelerando para llegar a Insurgentes y tomar un camión que me acercara a la Universidad y me devolviera al otro hogar, donde el miedo se desvanecía entre los compinches. No se podía llegar a la Ciudad Universitaria en autobús, estaba cortado el transporte público. Las luces también inexistían en el último par de kilómetros. Había que apelar al tren subterráneo de los aventones, al solidario automóvil que te llevaba hasta la tierra prometida. Era el segundo momento del miedo. La Universidad estaba rondada por patrullas de la policía secreta que andaban de cacería. Las noches eran largas. Los días mucho más cortos.

Recuerdo a Eligio Calderón y a Adriana Corona encerrados eternamente en el cuarto de imprimir con un par de mimeógrafos aceitados y exactos que producían millares de volantes a la hora, redescubriendo el taylorismo y el trabajo en cadena de las fábricas de relojes suizos. Recuerdo un día que José González

Sierra trató de engordar un galón de pintura roja y la mezcló con blanca (que habitualmente no servía para pintar paredes) y obtuvo dos galones de una horrenda pintura rosa, provocando un motín de los brigadistas que se negaban a salir a pintar con esa mierda. Recuerdo a Venadero bizqueando de sueño explicándole a Gloria Astiz el tomo uno de *El Capital*. Recuerdo a Héctor Gama trepado al techo de la escuela tomando el sol y cantando canciones rancheras, mientras pintaba un mensaje sólo legible por los helicópteros. Recuerdo mis mejores mítines frente al Banco de México subido en una farola y manteniendo el equilibrio gracias a la mano pudorosa de Maricarmen Fernández, la jefa indiscutible de las brigadas de Ciencias, que me sostenía el culo para que no me fuera al suelo. Recuerdo la invasión del mercado de Azcapotzalco que protagonizamos y los aplausos interminables de las vendedoras de legumbres. Recuerdo un día en que nos dejaron entrar a los talleres de reparación del servicio de tranvías y trolebuses y pintamos un centenar en 4 horas.

Monsiváis siempre lo dirá mejor que yo: «Días sin sueño, sueño sin olvido».

## TIRANDO ELOTES

Agosto se estiraba. Los festivales, los retos a los diputados para asistir a un debate público, que no aceptaron los muy culeros porque no se atrevían a entrar en la Universidad. Los primeros conatos de entablar un diálogo, generados por el gobierno, proposiciones de una negociación sinuosa cortadas de raíz por la consigna: «Diálogo público». La destrucción de la estatua de Miguel Alemán y la aparición en su lugar del mural efímero pintado sobre la caja metálica que protegía sus restos. El mitin para liberar a un policía que había acusado de corruptos a sus jefes. El descubrimiento de un centenar de llaves en un cajón de la intendencia de la facultad; nuestros rostros de sorpresa. Durante cerca de un mes no habíamos necesitado una sola llave. La aparición de una frase memorable en uno de los libros que traía en el bolsillo, una novela de Thornton Wilder: «Cada persona que ha vivido alguna vez, ha vivido una sucesión continua de situaciones únicas». Los mítines en la colonia San Juanico, el descubrimiento de las vecindades miserables; laberintos de niños semidesnudos, canarios flacos en jaulas de carrizo y charcos de agua en los patios.

Y por fin, la manifestación del 27 de agosto que arrancó del Museo de Antropología, las calles repletas, el medio millón que fuimos, y ahora ya no importaba que el movimiento fuera derrotado, que nos mataran a todos, que regaran nuestras cenizas sobre el Golfo de México; ahora, era para siempre.

Cuando en la plaza mayor comenzaron a encenderse las antorchas ya ni sabíamos llorar. Había para nuestra desdicha demasiado delirio de victoria. Las proposiciones aprobadas en el mitin final de mantener el Zócalo con guardia permanente y obligar a que se diera un diálogo público con el presidente de la república el día de su informe a la nación, eran (además de justas) producto de nuestra soberbia. Le pedíamos la rendición incondicional al estado mexicano. Cuando el mitin se disolvía, una submanifestación arrancó hacia el palacio negro, la cárcel de Lecumberri, donde estaban los presos políticos. Éramos tres o cuatro millares. Cercamos la cárcel y paseábamos alrededor de ella con antorchas encendidas gritándole a los presos: «Los vamos a sacar». La cárcel estaba apagada, sólo se veían las siluetas de los policías en los torreones y sus fusiles recortados contra el cielo; alguien le tiró un elote viejo a uno de los guardianes y éste se hizo atrás. De casualidad no nos animamos a tomar la cárcel. Muchos años después alguien me contó que nuestros gritos eran escuchados desde las crujías con toda claridad.

## SE INFORMA A LOS DESMEMORIADOS COMO MELLAR EL BLINDAJE DE UN TANQUE CON UN TUBO

Horas más tarde el gobierno contraatacaba. Las tanquetas salían por la puerta de palacio nacional y soldados a bayoneta calada avanzaban sobre los tres mil estudiantes que permanecían de guardia en el Zócalo. El heroísmo era entonces un estado de vecindad con la locura, David, «El ruso», tomó un tubo del suelo y avanzó contra uno de los blindados ligeros que se le acercaba. Ojo a ojo se quedó prendido de la chingadera aquella que avanzaba rugiendo. El soldado que manejaba una ametralladora y él se quedaron atrapados mirándose, David, de repente, saltó hacia adelante y le dio un montón de tubazos a la carrocería del tanque, como queriendo abollarlo. La tanqueta se detuvo. Lo sacamos de ahí arrastrándolo, el soldado continuaba mirándolo fijamente. Luego David había de perder la memoria de aquella locura y nos pedía que se la contáramos, y se reía socarrón, diciéndonos: «Me ven cara de pendejo, ¿o qué? ¿Cómo voy yo a hacer cosas así?»

La dispersión de los manifestantes no fue una huida, fue una retirada gloriosa, en la que los blindados presionaban y los estudiantes retrocedían poco a poco, cediendo diez, quince metros, frenando, esperando hasta casi tocar las bayonetas de soldados de infantería de la primera fila. Así cuadras y cuadras hasta llegar a Reforma, con los claxons de los automóviles sonando en la noche. Con los millares de rostros de vecinos en pijama y camión asomados a la ventana. Testigos de la patria. La manifestación

se replegaba, deteniéndose de vez en cuando para hacer mítines cuyo único público eran trasnochadores. Y así, calles y calles, cada uno de nosotros resistiéndose a correr, retrocediendo sin darles la espalda, cantando. Si el heroísmo es la medida de la capacidad de resistencia ante el propio miedo...

Las justificaciones gubernamentales inaugurarían un catálogo de mentiras baratas, que provocarían la risa en el recuerdo años más tarde. Se nos acusaba de haber tocado las campanas de catedral, de haber agraviado a la bandera nacional, de haber profanado las puertas de palacio. Mentían como tontos. El águila de la bandera, la que captura la serpiente, y luego la acusa de haber aceptado mordidas, nos sonreía. Éramos mexicanos reales; ellos, por primera vez, aunque propietarios de la silla presidencial, lo eran menos.

En la mañana siguiente convocaron un mitin de burócratas al servicio del estado obligándolos a abandonar las oficinas por rigurosa lista. El acto les salió mal. Muchos burócratas comenzaron a gritar: «Somos acarreados, somos borregos de Díaz Ordaz». Algunas brigadas estudiantiles se infiltraron en el mitin, al final nuevamente tuvieron que apelar al ejército para disolverlo. De nuevo, en menos de 24 horas, los blindados se movieron por las losetas de la plaza mayor de la ciudad de México. Las tanquetas recorrían enloquecidas el Zócalo, como carritos de choque de una feria.

La calle empezaba a cerrarse. Brigadistas detenidos, ataques a tiros contra escuelas. Pero la oleada de movilización no decrecía. Comenzaban a presentarse en las escuelas grupos de obreros, y a formarse comités obreros solidarios con el movimiento estudiantil. Primero en las empresas paraestatales como petróleos y ferrocarriles o en la compañía de Luz y Fuerza. No eran muchos, apenas unos cientos. Se iniciaban mítines relámpagos masivos, la policía intervenía a veces para disolverlos; en la mayoría de los casos llegaba tarde. Ya no se podían usar autobuses públicos, las

brigadas que lo hacían corrían el riesgo de caer detenidas. En cambio se ampliaba el número de escuelas en huelga en todo el país al dar principio las clases en otros estados de la república.

El primero de septiembre, Díaz Ordaz en su informe a la nación, negó la validez de las demandas del movimiento y amenazó con el uso de las fuerzas armadas. Parece ser que habló de la marina en algún momento de su discurso. Al día siguiente circulaba por la ciudad la petición estudiantil de que no pusieran un submarino en el lago del bosque de Chapultepec.



## TOPILEJO

Surgía Topilejo. Un accidente, en el que un autobús se había despeñado en la carretera de Cuernavaca y murieron un montón de vecinos, había sido el detonador para la movilización de un pequeño pueblo que exigía indemnización para los heridos y los familiares de los muertos y la construcción de un hospital. El accidente provocó la furia de la comunidad y los estudiantes llegaron para organizar, para exigir a los transportistas indemnizaciones, para armar las desesperanzas del pequeño pueblo sobre la salida a Cuernavaca. El movimiento llevó a Topilejo las experiencias estudiantiles de democracia directa, la movilización, las brigadas, la acción directa: los secuestros de autobuses.

Toño Vera me contaba la experiencia una y otra vez, convencido de que yo no le creía. A su lado, cabeceando para confirmar lo dicho, estaba su fiel amigo y compañero, un cuate de economía al que llamaban «Filemón, el humilde guerrillero».

Nacían los comités de solidaridad con el movimiento entre los petroleros y los electricistas, grupitos de un par de docenas de activistas obreros. Nacían los primeros comités clandestinos de organización en las colonias populares. ¿Sería posible que el movimiento creciera fuera de nosotros mismos? Las brigadas de las escuelas más radicales comenzaron a buscar formas de propaganda más agresivas. Camiones repletos de activistas asaltaban la General Motors con volantes y canciones, entraban hasta los

patios de las fábricas burlando la seguridad... Los obreros nos miraban con la misma mezcla de simpatía y desconcierto con la que se podía ver en la tele a Mister Ed, el caballo que hablaba.

La propaganda crecía sobre las fábricas. Las brigadas presionaban descubriendo los barrios fabriles, los horarios de salida, identificando en las actitudes de los que tomaban el volante o se quedaban parados escuchando el mitin, a futuros aliados, a posibles amigos.

## NADA DE TELÉFONO

El gobierno se negaba a dialogar en los términos de los estudiantes, nada de diálogo público, sólo negociación encubierta, nada de pérdida de prestigio, nada de legalidad, sólo lo habitual: rejuergo, comadreo, oscuridad. Nosotros, como estábamos locos, le exigíamos transparencia. La única transparencia que ofrecía era la claridad de sus actos represivos. El ala derecha del movimiento trataba de replegarse, el rector de la universidad llamaba al regreso a clases. La proposición era derrotada masivamente en las asambleas. Cada escuela que terminaba de votar en contra de la propuesta de levantar la huelga salía en manifestación por la explanada universitaria para proclamarlo.

Carteles con un teléfono tachado y el mensaje: «Éste no es diálogo público», cerraban la puerta a las negociaciones subterráneas que nos parecían una trampa. ¿Qué seguía? Los días eran largos, pasaban muchas cosas. La trabazón era para ellos, no para nosotros. Cada día crecían los mítines callejeros, las brigadas de propaganda aumentaban.

## CON LA QUINTA EN EL PARQUE HUNDIDO

Habíamos armado un grupo clandestino con cuates de aquí y de allá, por eso del no te entumas y para no perder viejos hábitos sectarios. Usábamos como seudónimos marcas de cigarrillos: uno era Lark, otro era Del Prado, otro era Camel; Arlette como era novia de Paco Quinto, era simplemente la Quinta. Una tabasqueña que tenía en el arsenal los insultos más soeces que yo recuerdo de aquellos años.

Nos habíamos citado en el Parque Hundido para visitar a un cuate que era el hijo del dueño de una papelería y que había ofrecido ayudarnos a robar 150 mil hojas de papel del changarro de su padre. La vi llegar a lo lejos y comencé a temblar. El parque estaba ocupado por los granaderos, por lo menos dos compañías de los monstruos azules, con rifles y lanzagranadas. Una parte estaban tirados en el pasto, matando el tiempo, los otros zanganeaban por la banqueta. Parecían boy scouts de Capone agobiados como siempre por las esperas. El gobierno los había puesto ahí para cerrar Insurgentes hacia el norte, quién sabe por qué y para qué, porque no había manifestaciones previstas, y las brigadas se colaban en una red de mallas tan grande como les daba la gana. Lo mismo podía haber brigadistas a dos cuadras, en la Veiga, haciendo un mitin y los monos azules ni se enterarían.

No, yo no temblaba por los granaderos, temblaba porque aquella pinche irresponsable venía vestida con un trajecito de chaqueta blanco y minifalda, muy feliz, por la misma banqueta, comiendo un mango ensartado en un palito. Pasó ante el primer trío de granaderos provocando frases que yo no podía oír desde la acera de enfrente, pero sí registrar las caras de violadores de los tipos. Luego avanzó por en medio de una bola de unos quince que jugaban con los rifles. ¿Era irresponsabilidad o había decidido retarlos, mostrar en un pacto secreto con ella misma, que no les tenía miedo a los guaruras? A mí se me iba poniendo el pelo blanco. La violencia en aquellos días saltaba de las maneras más inesperadas y los granaderos estaban como enloquecidos. Guardias de 48 horas, días sin dormir, enfrentamientos contra estudiantes, consignas absurdas que les echaban enfrente sus mandos: «Son comunistas; quieren sacar de México a la virgen de Guadalupe», había dicho un comandante a sus huestes antes de que bajaran de un camión frente al Poli, según contaban testigos. Tenían miedo los de a pie, contagiado por sus jefes y los jefes por sus jefes. Como siempre, se teme bien a lo que se conoce bien, o a lo que se desconoce totalmente. La Quinta pasó entre los granaderos sin mirarlos, o contemplándolos con ojo de cristal cortado, raspándoles la columna con mirada que mataba. La vi avanzar otros diez metros y uno de los granaderos se separó del grupo y la alcanzó por la espalda, agarrándole las nalgas con la mano libre en que no traía el máuser.

Arlette se volteó y le sorrajó al tipo un tremendo madrazo con el mango en la cara. El granadero se zarandeo. Yo cerré los ojos. No oía desde tan lejos. Conté hasta diez, los abrí. Arlette cruzaba la calle buscándome con la vista. No me atreví a levantar el brazo. Cuando llegó, se disculpó por traer diez minutos de retraso, venía limpiándose los restos del mango empringados en una de las manos con un klínex. Ni siquiera comentamos el incidente. Cada quién tenía su locura en aquellos días. Y si algo era respetable, era eso: la locura personal.

## RUIDO DE ZAPATOS

Resistíamos, pero habíamos retornado a los marcos de la realidad. La euforia de los días centrales de agosto había sido substituida por una vocación de resistencia y terquedad que crecía en medio de todos nosotros. Aún al movimiento le quedaban muchas virtudes por desplegar, mucha fuerza por mostrar. A pesar de la presión continuaba la enorme acción del brigadismo, el despliegue de la propaganda masiva, los millares de paredes pintadas noche a noche, los crecientes contactos con la población de la ciudad de México, el lento proceso de aprender un lenguaje perdido en el que podíamos entendernos con el resto del pueblo. Cada vez se veía con mayor frecuencia movimiento de tropas por el interior de la ciudad, cada vez era más difícil la acción masiva, pero aún así se lograba: concentraciones de varias brigadas por sorpresa en fábricas, en zonas comerciales, manifestaciones relámpago, bloqueos de calles con cuatro brigadas actuando simultáneamente que se convertían en un gran mitin popular. Al movimiento se acercaban nuevos sectores, o al menos sus grupos de vanguardia: maestros de primaria, médicos del hospital general. Una extraña guerra, movilización represiva contra agilidad y velocidad de operación. Nuestras bajas eran medio centenar de detenidos todos los días, de los cuales eran liberados tras amenazas, regaños y algunos golpes, más de la mitad, la otra parte engrosaba el creciente número de presos políticos. A esos se les golpeaba, los torturaban. A cambio no

podían impedir los dos o tres mil mítines que se realizaban diariamente. El 13 de septiembre el movimiento se volcó nuevamente en las calles en una manifestación que quedó marcada para siempre en el asfalto mojado de las calles del DF. La famosa manifestación del silencio.

Recuerdo que llovía y recuerdo las caras de los manifestantes con cinta aislante y esparadrapo en la boca, mostrando que el silencio había sido nuestra opción y no la imposición del enemigo. Mostrando de una u otra manera que nuestra fuerza estaba más allá de las palabras. Por cierto que yo había estado absolutamente en contra de una manifestación silenciosa, ésta había sido una idea del centro, que en esos momentos ejercía la dirección del movimiento; yo no tenía en aquellos años sentido del espectáculo. Recuerdo rostro tras rostro silencioso, y por tanto la fuerza de los gestos, las V de la victoria que se alzaban una y otra vez, los puños en alto ante la embajada norteamericana, los aplausos de la interminable valla solidaria de padres, mirones, aquello que se llamaba entonces pueblo en general, que protegía a lo largo de kilómetros los flancos de la marcha. Recuerdo caras. Miradas que no se podrían olvidar en el contingente de prepa 8. También recuerdo que yo andaba sumido en la tristeza, historias de amores fracasados me perseguían ese día, y trataba de reunir en una mi tristeza y el júbilo silencioso. Estaba triste y orgulloso de pertenecer a aquella multitud que impresionaba en el silencio resaltado por el ruido de los zapatos marchando. Habíamos agarrado la carretera que llevaba a otros lugares, a puntos de no retorno, al fin del mundo.

El 15 de septiembre se celebró en la Ciudad Universitaria con una enorme kermés popular. Paloma ahora me recuerda cómo sonaba diferente el himno nacional cantado aquella noche, de aquel que te habían obligado a cantar en la primaria. Comimos tacos y sopes, arrojamos globos con confeti, bailamos con desconocidas señoras de 50 años, madres de compañeros de la prepa 7, bebimos todo el ponche que nos cabía en el corazón.

Heberto Castillo como juez de kermés, casó a algunos irresponsables, adelantándose a lo que sucedería meses después. Le costó una condena extra...

El 16 de septiembre se volvió a votar en las escuelas la continuidad de la huelga, no se perdió en una sola. Manteníamos la presión ante el próximo inicio de las olimpiadas, pero se olía que pronto se iniciaría el ataque definitivo del gobierno. Se sacaron algunos mimeógrafos de CU, se aumentaron las guardias nocturnas, también los sobresaltos; organizamos un comité coordinador de brigadas sustituto, que tomaría el control y organización del brigadismo en caso de represión, comenzamos a tener algunas reuniones en casas fuera de la Universidad, se salvaron en lugares seguros los archivos del movimiento, se discutieron en las asambleas (voces quebradas, demasiados nervios, bastante inocencia) las opciones ante la represión. Estábamos esperando el golpe, pero no pensábamos que sería tan brutal.



SE DICE QUE LOS TANQUES LLEGAN Y LAS MANOS SUDAN  
POR LAS NOCHES

En el recuerdo, los personajes están asociados al pasado y al hecho único. Así, René Cabrera no es el antropólogo enigmático de hoy, sino el primero que votó una huelga general en zapoteca, y Juan Gabriel Moreno no es el excelente mimo, sino el prodigioso chófer de un renault que hizo del casco de Santo Tomás a Ciudad Universitaria 37 minutos; y Paco Pérez Arce no es el economista que más tarde escribiría una tesis proponiendo que se alimentaran las vacas con caña de azúcar para que dieran leche malteada, mostrándose como el novelista que es hoy, sino el que sugirió tirar volantes en miniparacaídas; y Héctor Gama, por lo tanto, no es el periodista y fotógrafo, sino el hombre que vio los tanques.

Desde el techo del café de Ciencias Políticas Héctor Gama, mejor conocido como «El Chilito» vio llegar los tanques. Le cabe esa pequeña gloria: haber sido el primer estudiante de la facultad de Ciencias Políticas en haber visto un tanque sobre el pastito de la explanada universitaria. En Filosofía el sonido local reproducía un poema de León Felipe, sus ecos llegaban hasta nosotros.

Héctor comenzó a gritar y yo que lo oí no se lo creía. Le gritaba que dejara de mamar, y él se iba enrojando mientras gritaba. Oí el rumor de los motores. Salimos zumbando por Copilco. Romeo se detuvo a ayudar a una compañera a la que no le daba

la falda para saltar la barda. De repente a sus espaldas se oyó cortar cartucho. Un soldado silencioso le estaba apuntando, yo me deslicé del muro y desaparecí en la noche de Copilco junto con uno de los mejores jugadores de go del país, Marco. La mujer de la minifalda era una infiltrada. Romeo pasó dos años en la cárcel.

El Chilito logró salir. Horas después estábamos en su casa en Contreras imprimiendo volantes. No recuerdo si entonces, o un año más tarde, el rumor de la máquina estaba acompañado por los ladridos de los perros en el cerro y los llantos de su hija recién nacida.

## SE CUENTAN LAS REDESCUBIERTAS VIRTUDES DEL HIMNO NACIONAL

Muchos no pudieron salir. Fueron atrapados en la explanada y en salones donde estaban reunidos. El ejército recorría la universidad a bayoneta calada. Algunos soldados rompían cristales con la culatas de los rifles. Destrozaron laboratorios en Químicas y las salas de proyección de Arquitectura. Arriaron la bandera mexicana que estaba a media asta. Fueron reuniendo en la explanada a los detenidos, haciéndolos arrodillarse en un montón sobre la yerba. De repente el mexicanos al grito de guerra surgía de la bola amenazada por los rifles. Algunos se pusieron de pie, asomó la V de la victoria hecha con dos dedos. ¿A qué hora el movimiento estudiantil había recuperado al más desgastado de todos los símbolos? ¿A qué hora había hecho suyo el canto obligatorio y retórico, las frases pomposas de Bocanegra, los aires rítmicos de Nunó? Si el himno era nuestro, y lo era, ¿quiénes eran ellos? Los alienígenas invasores. Años después me preguntaba ¿qué habían sentido los soldados? Sabía lo que sentíamos nosotros, los que habíamos logrado salir y los que fueron detenidos: una mezcla de miedo, rabia, impotencia. Habían usado 10 mil soldados en la operación, para detener a 600 estudiantes desarmados. Era un 18 de septiembre.

En los siguientes días el movimiento respondió a la suprema agresión. El CNH se siguió reuniendo en Zacatenco, las brigadas continuaron actuando a pesar de las detenciones. Se intentaron muchos mítines masivos organizados por las asambleas de

las escuelas, pero la mayoría de ellos fueron reprimidos por la policía. Voca 7 fue asaltada por los granaderos, pero los estudiantes les respondieron con molotovs; el Colegio de México fue tiroteado, la policía disparó contra algunas de las escuelas del Politécnico en Zacatenco. El brigadismo, mágicamente se sostenía. Recuerdo que el comité de brigadas había organizado un mimeógrafo móvil en la cajuela del automóvil de la hija de un funcionario del DF. El coche llegaba, se metía en un garaje donde se tenían listo stencil y papel y allí se imprimía, se dejaban los volantes que las brigadas recogían poco después, y el coche iniciaba rumbo hacia otra casa para repetir la operación. Vivíamos bajo la amenaza continua de una detención. La coordinación con las brigadas de Filosofía la perdimos cuando la policía detuvo a nuestro enlace en Coyoacán; todo por su maldita apariencia.

## FANNY Y EL TIRA

Yo no le podía decir que era tira, porque cómo decirle a la novia de uno que acababa de informarte que se había enamorado de otro, que ese otro, seguro era tira. Sonaba muy miserable, muy de culero, muy de ojete que corría infundados rumores. Pero yo podía jurar que aquel güey era tira, y que las reuniones que se hacían en un café de chinos con chavitos de las prepas y en las que una vez se habían ofrecido armas, eran una pinche provocación montada por aquel culero alto y flaco, estudiante de preparatoria a los 25 años, que había surgido como dirigente estudiantil de segunda fila de la nada. Y yo sabía que aquel güey era tira porque su lenguaje de izquierda le fallaba, porque no era como los recién llegados que poseían un arsenal de esquemas recién aprendidos, mezclado con nociones éticas sacadas de películas de Pedro Infante. Este güey manejaba un lenguaje que parecía, pero no era, un lenguaje que al oído adiestrado le sonaba a falso. Eran correctas las citas de Mao o del Che, pero este mamón nunca había leído a Ostrovski, ni sabía quién era Pavel Korchaguin, ni sabía que Marx se entendía con la sirvienta de Engels, ni sabía hacer chistes de piolets, ni juegos de palabras con los títulos de las obras de Lenin. Algo así, pero más complicado. Era pero no era, y además su mirada final, la del último minuto de las conversaciones, era una mirada huidiza, desprovista del cariño que todos nos teníamos en esos días. Y había una vehemencia que no acababa de sonarme a real. Pero yo pensaba

que todas esas malas vibraciones eran más más que de él, y que si odiaba al güey con odio concentrado, es porque me estaba dejando sin novia y acabando con una relación que por más tormentosa que fuera, era bien hija de los tiempos.

Y ella me dijo que estaba enamorada del tipo, y yo me tragué el grito de que ojo, era tira, y como buen Cyrano me fui a llorar por los rincones de la Universidad. Y de Cyrano, nada, como la pobre ratita fea, sollozando por los rincones. Y luego salí de la Universidad y me dediqué a seguirlo desde lejos, un día, dos días, hasta que lo vi reunirse con unos cuates que acabaron subiéndose a una patrulla sin marcas pero con antenita. Y cincho que era tira, de manera que convencí a Regina de que secuestrara a Fanny en la siguiente cita que habrían de tener. Aquélla en la que cayó al bote el comité de prepa 1 y el de la 2, en una reunión en un café de chinos donde les iban a dar pistolas.

## DETENCIÓN

Yo caí en una redada nocturna cuando había salido de casa de Mario Núñez y Elisa Ramírez a comprar cigarrillos. Una patrulla policiaca me detuvo a dos cuadras de la calle de la Campana. Sin preguntas, sólo un: «Deténgase» y pa' dentro. La apariencia era culpa en aquellos días, la edad también lo era. Ser joven, era ser enemigo. Tenían razón. Me llevaron a la delegación de Mixcoac. Tras un rato de espera cambió el turno. El agente del ministerio público atendía en un escritorio sobre una pequeña tarima. Cuando llegué, uno de ellos había anotado mi nombre en un papelito, desde luego el primero que se me ocurrió inventar, y lo había puesto sobre la mesa. El agente nuevo estaba comiendo una torta de jamón con mucho aguacate, se limpió los dedos con el papelito. Dudé.

—¿Puedo salir a buscarla en otro lado? —le pregunté.

—¿A buscar a quién? -dijo sin mirarme. —A buscar a mi hermana, que no regresó a la casa.

Ni me contestó. Salí caminando entre dos policías que hacían guardia ante el portón con viejos máusers. Nunca se me olvidará que tenían bayonetas caladas. Brillaban las pinches bayonetas a la luz de la luna y el mercurio. Lo juro, así lo recuerdo. Volví a casa de Mario tres horas después y sin cigarrillos. Todo el mundo me quería, me abrazaba, y eso que no había conseguido qué fumar. Ya me daban por preso.

Ya no sólo se detenía, también se disparaba contra las brigadas, pero eran incapaces de detenerlas. Un grupo de Sicología arrojaba volantes desde las azoteas a la hora de las salidas de los partidos de beisbol en el diamante del Seguro Social en Cuauhtémoc. Llenábamos los baños de los edificios de oficinas. Continuaban los mítines relámpago en las salidas de las fábricas. Las brigadas se reunían en los lugares más insospechados. Una vez llegué con la mía a una de las salas de espera de la funeraria Tangassi, sólo para encontrarme que otras dos brigadas (inconfundibles en el aspecto) se habían reunido en el mismo lugar mezclados entre los parientes del difunto. Comenzábamos sin saberlo a encarñarnos con muertos ajenos.



## BARRIO DE GINZA EN LA NOCHE

En las noches te sudaban las manos. Nadie dormía ya en su casa. Esperábamos el momento en que se iniciaran las redadas puerta a puerta para detener a todos los miembros de los comités de huelga. Yo me había refugiado en una piquera que pertenecía al hermano de Paco Abardía, un cuarto de 2 metros por 1.5 en la colonia Cuauhtémoc, que el personaje, conocido como «el polvorón», usaba para cepillarse a sus ligues. El cuarto, sin ventanas, sólo tenía una cama y un cartel en la pared que me obsesionaba. Un cartel turístico japonés que mostraba las luces nocturnas de Tokio y un letrero: «Barrio de Ginza en la noche». El barrio de Ginza me sigue persiguiendo, me retorna al cabo de los años desde aquella pared. En aquel cuarto donde solitario sólo tenía miedo.

En esos días no dormía.

## MIMEÓGRAFOS

Si las jornadas previas a la toma de la Universidad por el ejército habían sido días todo-futuro, los días después eran todo-presente. Se trataba de resistir, de planear las siguientes dos o tres horas, de seguir actuando. Tras nuevos combates, la voca 7 caía en poder del ejército. Se respondía con un mitin masivo en la unidad Tlatelolco. El Consejo Nacional de Huelga seguía actuando y mantenía un mínimo de coordinación. El brigadismo y las asambleas de las escuelas que aún no habían sido tomadas hacían el resto. El 24 el ejército tomó a tiros el casco de Santo Tomás, sede de la mitad de las escuelas del IPN. Por primera vez hubo respuesta. Entre los estudiantes que defendían el casco no habría armados más de una docena con pistolas y cuatro o cinco escopetas, pero se respondió al fuego. Los granaderos se ensañaron con los detenidos. Palizas, torturas, más de 30 heridos. Sólo sería el prólogo, el terrible aviso de lo que se aproximaba.

Comenzábamos a vivir con la culpa. ¿Quién había muerto por ti?, como preguntaba Retamar. ¿A quién habían detenido porque habías dado la cita equivocada? ¿Por qué no habías estado en Ciencias Biológicas cuando empezaron los tiros? ¿Qué mierda hacías durmiendo mientras los granaderos asaltaban voca 7? ¿Cómo demonios tú no estabas preso? La supervivencia con la culpa. Un cóctel maldito para los próximos meses. Sin embargo el movimiento no estaba derrotado, continuaba dando

señales de vida por todos lados. De repente cuando cruzabas Insurgentes, a tu lado, un autobús pintado, brigadas relámpago que aparecían surgidas de la nada, lanzaban su mensaje de denuncia y se mimetizaban con la ciudad. Los supervivientes nos estábamos volviendo más viejos, más rabiosos, más solitarios. Se sabía que había una comisión del CNH negociando, pero las asambleas estaban desmontadas, algunas escuelas eran abandonadas antes de que fueran tomadas por el ejército o la policía, quedaban los patios vacíos, el último apagaba el switch general y cerraba la puerta con candados. Los estudiantes se replegaban organizados en brigadas de propaganda. Las noches eran lo peor. Los contactos perdidos, la gente que no llegaba a la cita, las horas sin sueño.

Me reuní con la coordinadora de una brigada de la facultad, distribuían propaganda sacada de un mimeógrafo salvado a la represión milagrosamente y guardado en el closet de la recámara de una actriz de teatro, cuyo marido no sabía que allí se imprimía en las mañanas. Me contaba ilusionada que metían los volantes en bolsas del pan y los cubrían con bolillos. Al día siguiente el contacto se perdió. A esa brigada la habían baleado a la salida del cine Alameda.

El Doc me estaba esperando con su blusa blanca bien planchada y fumando en su volkswagen verde para ir a buscar un mimeógrafo en la casa de Salvador El Indio, al que habían detenido el día anterior. Era una apuesta. El Indio sabía que si daba la dirección de su casa, le caerían al mimeógrafo y lo fundían para siempre en Lecumberri. Esperaría a que nosotros lo sacáramos. Aguantaría los interrogatorios. Era de noche. El Doc, silencioso, manejó hasta una calle solitaria. Creo que era en la Narvarte. Pasamos frente a la casa de Salvador dos veces. No se veía nada raro. El Doc y yo no nos queríamos, habíamos estado enamorados de la misma mujer. Pero esa noche, yo veía su rostro oscuro y el cigarrillo y sabía que primero se moriría de apendicitis que dejarme tirado, que nunca tendría la espalda tan

cubierta, que ni mi madre me protegería tanto. Sin decirlo sabíamos que no podíamos dejar que detuvieran al otro. Echamos un volado a ver quién entraba a la casa. Teníamos llave. Gané yo. El Doc dijo que mejor juntos, total, si nos iba a cargar la chingada, mejor de dos en dos... Estacionó enfrente de la casa y bajamos. No había apenas luz en la calle. Entramos a la casa, una planta baja. El mimeógrafo estaba en el cuarto de servicio. Metimos en una bolsa de mandado papeles y credenciales, limpiamos, echamos en dos cajas los libros del Mao y del Che, una foto de Salvador en la Plaza de la Revolución de la Habana, las cartas de amor que le mandaba a su mujer, su pasaporte viejo. Todo a media luz. Salimos, yo cargaba el mimeógrafo, el Doc las cajas y la bolsa del mandado entre los dientes, como acto circense. Estaba abriendo el volkswagen cuando un coche sin luces apareció al fin de la cuadra. Yo grité pero el Doc lo había visto antes y tiraba las cajas al suelo y sacaba de su uniforme blanco una pistola ridícula, pequeña. El coche sin luces frenó y alguien gritaba: «No dispaes, güey, soy Ana». Y vimos salir del automóvil a una muchacha con uniforme blanco, pero sin pistola. Otra voluntaria de la noche para recoger mimeógrafos perdidos. El Doc bajó la pistola, le hizo un gesto para que quitara el automóvil, estaba sudando.

—No tiraste la mierda esa —me dijo señalando el mimeógrafo, un gestetner casi nuevo. Yo ni le contesté, estaba muy ocupado controlando el temblor de las manos.

Me dejó enfrente de la estatua del Ángel. No queríamos saber dónde dormíamos. Hicimos dos citas con 24 horas. Él iba a meter el mimeógrafo en un hospital pediátrico privado. Ana seguía su automóvil de lejos, tenía de tarea verificar que no le detuvieran e informar al comité de Medicina que el mimeógrafo, que habíamos bautizado como «Toro sentado» en honor de Salvador El Indio, había vuelto al activo. Yo caminé por Reforma a las dos de la madrugada, me deslicé en la

Cuauhtémoc, entré a mi cuartito, cerré la puerta. Me temblaban las manos, los dientes. El miedo hacía que me dolieran los riñones. Me puse a llorar mirando el cartel del Barrio de Ginza en la noche.

## MORIR A VECES

No recuerdo por qué tuvimos que ir a prepa 8 aquella noche. Ni siquiera recuerdo quiénes íbamos en la brigada. Sólo sé que la prepa estaba vacía cuando cruzamos el patio, y que fuimos cazando sombras a dar hasta el auditorio.

No recuerdo de dónde salieron la docena de porristas borrachos, y cómo no pudimos sacarles la vuelta. Sólo recuerdo que uno de ellos tenía una bayoneta y me la ponía en el estómago jugando, hasta que el juego se le fue escapando y me rayó el estómago. Sólo recuerdo que uno de mis compañeros le dio con un paraguas negro y de mango de bambú en el brazo y salimos corriendo. Recuerdo bien el paraguas... También la camisa ensangrentada y la venda en el estómago, cubriendo el ombligo. Y un dolor que a veces vuelve en los riñones; un dolor que identifico como el dolor del miedo: punzante, agudo, que viene en oleadas y se va dejándome cubierto de sudor.

¿Eso era morir? No, otros estaban muriendo de veras en esos días.

Por más que intento no recuerdo el rostro del porrista borracho que jugaba a matarme un poco.

## HASTA LOS MENTIROsos SABEN LA VERDAD

El 30 de septiembre el ejército devolvió las instalaciones universitarias. El gobierno esperaba que el movimiento hubiera aprendido la lección y que la huelga se levantaría. El día primero de octubre las asambleas votaron la continuidad de la huelga y exigieron que fueran devueltas las escuelas del IPN. El movimiento tenía una tremenda capacidad de recuperación. Había creado en dos meses millares de cuadros, millares de oradores. En cuanto encontraba un espacio donde poder actuar se desplegaba en él, reconstruía sus fuerzas, se reorganizaba, y volvía a la carga de despliegue y propaganda.

El 2 de octubre, el ejército atacó el mitin en Tlatelolco. Es historia conocida. La masacre ha sido contada una y otra vez. El intento de falsificar la historia que la maquinaria gubernamental puso en marcha instantes después que los primeros estudiantes caían balaceados, obligó a la respuesta. Ahí está la segunda parte del libro de Elena Poniatowska y los millares de poemas tlatelolcas. Ahí quedan para siempre las respuestas a la versión fraudulenta del general Crisóforo Monzón, quien dijo en un parte oficial, que el ejército había intervenido para restablecer el orden en medio de un tiroteo entre estudiantes. Ahí está la verdad frente a la versión oficial propagada por la gran comisión del Senado de que los estudiantes habían iniciado el tiroteo. Hoy todo el mundo sabe que los provocadores eran soldados disfrazados de civil y con un guante blanco, pertenecientes al batallón

Olimpia. Hoy todo el mundo sabe que la señal para que se iniciara el tiroteo y el ejército comenzara a disparar contra la muchedumbre desarmada, la dieron las bengalas lanzadas desde un helicóptero militar... Hoy, hasta los mentirosos saben la verdad. Poco consuelo queda en que la versión de los supervivientes haya dominado a la versión oficial...



## CADA CULPA SU UNO Y PARA SIEMPRE

Llegué a Madrid al amanecer del día 2 de octubre. En la Castellana compré el periódico. Una enorme foto mostraba a los soldados disparando en Tlatelolco. Perdí la voz. Mudez histérica, la llamó el médico. El médico no sabía que el movimiento me había castigado dejándome mudo. Yo no tenía derecho a hablar, por no haber estado allí, con los vivos y con los muertos.

Durante años culpé a mi padre por haberme sacado de México. Me culpé a mí mismo por ceder a sus presiones, a sus informes de que Gobernación tenía un enorme expediente. A los miedos de la extranjería que yo entonces tenía. Durante años culpé a mi padre, a mí mismo, a cualquiera. No haber estado en Tlatelolco era mucho peor que no haber muerto. Luego dejé de culpar al Taibo grande. El sentido común del jefe probablemente me había salvado la vida. La culpa no era de él, era mía. Ni siquiera sirve decir que tenía 19 años. Ésa no era una disculpa. Precisamente por eso, por tener 19 años, había que quedarse. Su tarea, si decide aceptarla, como dicen los de Misión Imposible, es decir que no. Yo no lo dije. Quedarse. Y yo no me quedé. Aunque volví. Dejé Madrid a los dos días y volví a la facultad.

## TODO ES TLATELOLCO Y LO DEMÁS ANÉCDOTA

Lamentablemente, en el tiempo, el 2 de octubre, con la tremenda fuerza de nuestros cuatrocientos muertos, muchos de ellos cadáveres anónimos, arrojados por aviones militares al Golfo de México aquella misma noche, con las imágenes de los heridos arrastrados por los pelos, capturadas para siempre por una fotografía, con la memoria de la sangre en el suelo mojado, con la retina invadida para la eternidad por la luz de las dos bengalas que dieron inicio a la masacre, con las historias de los hospitales asaltados por judiciales que remataban a los heridos, se ha quedado solo.

El dos de octubre substituye en la memoria los 100 días de la huelga. El 68, por la magia negra del culto a la derrota y a los muertos, se vuelve Tlatelolco. Quizá porque no estuve allí, y vi la plaza en las narraciones de Santiago Flores, al que las balas perforaron una pierna, en el silencio de las veladoras y las flores puestas sobre el suelo el dos de noviembre, un mes más tarde; con los ojos de la legión de anónimos narradores que éramos, quizá por eso pude escaparme al maleficio. El movimiento era lo otro. Y seguía.

SE PRECISA QUE LAS BARRICADAS QUE SE LEVANTAN VAN  
DIRECTAMENTE A ALOJARSE A LA MEMORIA

La masacre aterrorizó a los padres, enloqueció a los hijos, nos colocó por primera vez a la defensiva. Ahora sí, de verdad. La dirección del movimiento, los cuadros que se habían formado en los cuatro últimos años de luchas estudiantiles, los dirigentes naturales que la insurrección sesentayochera había lanzado a la calle, estaban diezmados. En las cárceles permanecían en esos momentos un par de millares de estudiantes presos. Las figuras más conocidas, unos cuantos, que habían logrado salvarse de las detenciones masivas de CU y el ataque al casco y Zacatenco, que no habían sido detenidos el dos de octubre, no estaban heridos o muertos, se exilaban o tenían que refugiarse en formas de militancia clandestina que los aislaban de las bases estudiantiles. La sangría era tremenda, los sectores menos sólidos políticamente se replegaban y ponían a la espera. Diez o doce millares de locos trataron de mantener el movimiento en pie en tareas de brigadismo de información, con mítines que podían costarle la vida al orador, en conferencias de prensa desde la Casa del Lago en Chapultepec. Se impuso en los hechos una tregua que duraría hasta el final de las olimpiadas.

¿Cómo fueron esos días para los que estábamos afuera? Sabíamos que en el campo militar número 1 se había torturado a los detenidos, que nuestros cuates, nuestros dirigentes, nuestros amigos, los tipos que habían compartido contigo suelo para

dormir y último refresco y cigarrillo, habían sido desfigurados a golpes, fusilados con balas de salva, apaleados, ahogados en los bebederos de agua sucia de las caballerizas, castrados.

Infiltrados y delatores estaban desatados. Las torturas eran noticias continuas que se filtraban a través de la red del miedo, gracias sobre todo a abogados y parientes. A varios de nuestros dirigentes se les habían arrancado confesiones fantasmagóricas sobre la génesis y realidad del movimiento. A los más no habían logrado quebrarlos. Eran nuestros presos. Tan absolutamente ligados a nuestras vidas, como que había sido la casualidad el que ellos estuvieran dentro y nosotros afuera; como que estaban ahí por nosotros, cuidándonos el catre de al lado mientras nosotros llegábamos a cubrir el hueco, y mientras nosotros les cuidábamos la banca para cuando regresaran. Entre los de afuera y los de adentro había un mar de historias de amor, compañerismo, fraternidad, culpa, deuda sagrada que nos ahogaba. Para tener 17, 19, 20, 25 años, éramos endiabladamente responsables, cargábamos un mundo asquerosamente pesado sobre los lomos.

A fines de octubre surgieron las tres demandas que habrían de movernos durante el siguiente mes: libertad incondicional de los presos, devolución de las escuelas, cese de la represión. El gobierno entregó las escuelas; esperaba que los estudiantes optarían por el repliegue. En los primeros días de noviembre las escuelas, asamblea por asamblea, tercamente, volvieron a votar la continuidad de la huelga. No queríamos volver a clases sin nuestros presos.

## IRSE Y TAMBIÉN QUEDARSE

Dormíamos en mi cuarto, en la casa familiar de la colonia Roma: René Cabrera, el mejor poeta de mi generación, el tipo que había escrito «no es necesario decir que nos acercamos más para alejarnos más», Jonathán Molinet, mejor conocido en prepa 1 como El Hombre Lobo, y yo. Dormíamos por turnos. Uno de los tres permanecía mirando la calle desde la ventana, listo para dar la alarma. Teníamos medio organizado un saltadero de azoteas en caso de que llegaran por nosotros a mitad de la noche. Los otros dos dormían. René y yo hablábamos dormidos. El Hombre Lobo decía que conversábamos mamadas medio incoherentes, que a la mitad del sueño uno decía algo y el otro le contestaba. Yo estaba seguro de que tenía razón. Los días nos faltaban para contarnos historias. Historias terribles, de persecuciones, de más detenciones, de torturas. Creo que todos hablábamos en sueños en aquel mes de noviembre.

Le entregué mi chamarra azul a cuadros a Mario Núñez y lo vi partir hacia el exilio con Marcelino Perelló y Guillermo Fernández. Estaban entre los dirigentes estudiantiles más buscados por la policía. Se habían salvado de casualidad. Yo no tenía a dónde irme y no parecía ser tan importante para la ley. Ya me había ido una vez.

Me quedé despierto una noche de cada tres con el Hombre Lobo y René, vigilando la calle. Esperando que llegaran los carros negros de antenita que nunca llegaron.

## LOS MUERTOS

Lourdes vivía por la parte de atrás del aeropuerto. Era una chava seria, estirada, trágica, dotada de esa poco usual autoconciencia de que la vida siempre habría de maltratarte. Habíamos sido compañeros en la prepa. Me encontró a través de otros, en la casa donde yo andaba escondido. Un recado críptico: que la viera en la tercera fila del Cine París, segunda función. No recuerdo la película. Tampoco recuerdo bien a bien los rasgos de Lourdes. Tenía el pelo chino. Parecía de otra generación, de otra época, como mujer común y corriente de los años 50. Años más tarde se sumó a una guerrilla y la desaparecieron. En el cine se me acercó y me dijo al oído:

—Tengo fotos de los muertos.

Saber era muy peligroso. Los muertos eran los asesinados en Tlatelolco, los cadáveres desaparecidos. Pactamos un segundo encuentro, yo reuniría a un grupo de periodistas extranjeros. Ella salió del cine antes que yo. No le pregunté cómo se había hecho con las fotos, suponía que se había colado con una cámara en el aeródromo militar atrás de su casa. Los rumores decían que un avión militar salió en la noche del dos de octubre a arrojar los cadáveres en El Golfo de México. No sólo los habían asesinado, también habían desaparecido los cuerpos.

Dos días más tarde esperé a Lourdes en el monumento de la Madre. Bajo un sol de cojones, tan poco aristotélico, como decía Alejandro Zendejas, otro de nuestros poetas. Lourdes nunca llegó a la cita. La habían detenido.

## FINAL SIN FELIZ

La resistencia duró un mes más. Cientos de mítines, debates, brigadismo... Pero se estaba en la etapa de no retorno. Teníamos que cambiar de formas de lucha y no las encontrábamos. Al fin, el 4 de diciembre, las últimas escuelas aceptaron el regreso a clases. Yo voté por el final de la huelga, pensando que había que detener la represión y reorganizarnos. El CNH se disolvió. Cada cual se juró de alguna muy particular manera que no podría olvidar, que algo habría que hacer, que algún día volveríamos.

No recuerdo, en las memorias sumadas de 40 años, mayor desolación que la que habríamos de encontrar en la facultad al regreso a clases. Los macizos de plantitas estaban pisoteados, nadie tenía cigarrillos, no se sonreía demasiado. Era el retorno a la derrota, con los presos y los muertos vagando por los patios de la escuela como fantasmas del manifiesto comunista. Hijos de la revuelta del 48, judíos alemanes errando por Europa, polacos sin patria, mexicanos de 18 años a la busca del país entrevistado durante aquellos días y que ahora desaparecía. Yo no duré mucho. No tenía ningún sentido estudiar. Tras haber intentado estrangular a una maestra de sociología que se burló del movimiento el primer día del regreso a clases, dejé la escuela.

Un día me desmayé a mitad de una reunión. Dejé también la organización en la que militaba. Me casé. El matrimonio duró cuatro meses. Fanny se fue de casa. Dejé que los trastes de cocina

se llenaran de moho, escribí una novela que rechazaron en cuatro editoriales. Para tener que lavar menos ropa dejé de usar calzoncillos y calcetines. Pasaba las noches despierto, sentado en el suelo de una recámara alfombrada y sin muebles. Sentía que había perdido muchas cosas. No podía definir las. Encontré un trabajo asqueroso como guionista de telenovelas. Lo combiné con otro igual de horrible escribiendo horóscopos para un programa de televisión, y un tercer trabajo nocturno haciendo radionovelas para choferes. Pensé que tenía que regresar urgentemente a dos cosas, al país y a la vida. Comencé a buscar un camino de retorno.



## SE VUELVE A LA IDEA DE LOS FANTASMAS Y SU PERMANENCIA EN EL TIEMPO

Después de todo, sólo había sido un movimiento estudiantil de 123 días de duración. Nada más. Nada menos. Pero nos había dado, a una generación completa de estudiantes, pasado y país, tierra debajo de los pies. En los siguientes meses, millares de nosotros comenzamos a buscar, dentro y fuera de la Universidad, un camino. La parte más desgarrada se incorporó a una lucha guerrillera urbana en la que se desangró durante los siguientes cinco años, en una guerra sucia sin cuartel. Un grupo enorme de jóvenes fueron hacia los barrios, a fundar las organizaciones de colonias que durante los siguientes 20 años ofrecerían un modelo de resistencia popular. Otros fuimos a buscar las fábricas, a encontrar las claves de por qué el movimiento estudiantil se había movido en la soledad. Otros trataron de transformar la Universidad, crearon los sindicatos, impusieron la reforma educativa. Otros llegaron al campo, a un territorio aún más ajeno todavía. Llevábamos en estos viajes todas nuestras virtudes y todos nuestros defectos: un voluntarismo a prueba de derrotas, una vocación de terquedad, mucho marxismo de manual, mucho sectarismo del viejo y del nuevo, mucho vanguardismo barato, mucha cabrona ignorancia. Había algunas virtudes mezcladas en el cóctel, una idea de que la política es moral, que tardaría algunos años en acabar de desarrollarse, una sana sensación de que no éramos inmortales.

Veinte años después, buena parte de los que entonces fuimos, seguimos vivos. Otros se agotaron, muchos se pudrieron. La mayoría no acumuló más derrotas en la vida que las que les impusieron. Derrotas, un chingo, pero bastante pocas rendiciones. El 68 no dio ese combustible de resistencia y terquedad que marcó al conjunto del movimiento, nos dio un sentido del lugar, una «noción de patria» óseamente encarnada.

Nos volvimos a ver en el 73 cuando la impotente defensa de Chile, en la solidaria obsesión pro nica de los setenta, en los días del temblor, en el renacimiento ceuista del movimiento estudiantil. Pero nos habíamos estado viendo antes en el movimiento electricista, en la huelga de Spicer, en la cooperativa de Pascual y las marchas vallejistas, en el cambio que se produjo en las ciencias sociales, en los desastres que cometimos cuando intentamos transformar las universidades y las volvimos focos de divulgación del marxismo neanderthal; en los trabajos de los estudiantes arquitectos para hacer casas de lámina en Santo Domingo, en los cambios en la prensa mexicana, en el surgimiento de una corriente de médicos con preocupaciones sociales, en la emergencia de la loca generación de abogados laborales honestos, en los pleitos inquilinarios, en el surgimiento de la crónica social, en los despidos por negarse a la afiliación forzosa al pri en el 85, en las esquinas, en las noches solitarias mentándole la madre al televisor, en los tribunales que tramitaban nuestros divorcios, en las marchas de las costureras, en el registro civil cuando bautizábamos Ernesto al chamaquito; en muchas borracheras cabronas cuando cumplimos 40 años y nos descubrimos azorados, realmente sorprendidos, envejeciendo. Y nos volvimos a ver en el surgimiento y destrucción de sueños y proyectos, en los libros que leíamos. Y nos volvimos a encontrar en las pasadas elecciones.

Y por ahí andamos cargando los fantasmas de nuestros muertos, los fantasmas de nuestros escasos traidores, los fantasmas de nuestros suicidas. Y hay noches en que veo a Dulce María mordiendo

un lápiz y a Carlos Thierry dormitando sentado en una silla, y al doctor Lino Osegueda sonriéndome durante la huelga de Spicer, como si fuéramos invencibles, como si fuéramos inmortales, como si no se fuera a suicidar dos años más tarde.

Y no se me olvida la sonrisa dientona de Alejandro Licona, aunque luego Elisa Ramírez me cuente que desapareció en el sur de Francia, que probablemente se encuentra ahogado en el mar o se halla recluido bajo un nombre supuesto en un manicomio. Y le digo al Licona: ¿Los seguiremos derrotando, mi buen Alex?

Pero también hay días en que me veo a mí mismo y no me reconozco. Son tiempos malos, en que la noche se prolonga del día lluvioso, el sueño no llega y peleo inútilmente con el teclado de la computadora. Y entonces descubro que parecemos condenados a ser fantasmas del 68. Y bueno, ¿cuál es la bronca? Mucho mejor condes Dráculas de la resistencia, que monstruos priístas de Frankenstein o de la modernidad, me digo. Y entonces, saco chispas sin gracia de las teclas, bengalitas, recuerdos que a veces duelen y las más levantan la sonrisa; y añoro aquel sentido del humor, extraño esa perdida intensidad para tener miedo de las sombras, aquella sensación de inmortalidad, ese otro yo de aquel interminable año.